

VICENTE SAENZ

ESPAÑA
HEROICA

EDITORIAL IBEROAMERICANA *

542 WEST 112th STREET

NUEVA YORK, E. U. A.

1938

946.081

S127e

N.

S



Sistema de Bibliotecas - UCR



121433

M. de la Cruz
1958

Vicente Sáenz, visto por
Manuel de la Cruz González

121433 e.1
19 ABR. 1972

CAPITULO PRIMERO

Observaciones personales y algo de historia contemporánea

DIEZ DIAS ANTES DE LA SUBLEVACION

SANTANDER, 8 de julio de 1936. — Ya estoy en España. Un mozo de boina, alto, fornido, tostado por el sol y el viento del Cantábrico, me ayuda en la aduana y lleva mis valijas a un automóvil previamente contratado por él mismo.

En el trayecto me habla del viaje de Alcalá Zamora, a quien acabamos de ver en el muelle con su mujer y con sus hijos. Embarcan todos ellos hacia el norte de Europa, en el mismo vapor alemán en que yo vine.

—Todo esto es misterioso — exclama el buen muchacho —. La situación se hace cada día más grave. Por eso se están fugando y sacan a sus familiares los que no tienen tranquila la conciencia.

Pido consejo al compañero sobre hoteles que no sean de alta tarifa. Llegamos a uno que él conoce. Discute con la administradora. Pide rebaja:

—Un precio razonable porque es hispanoamericano, de una tierra del otro lado que se llama Costa Rica, en la que han hecho fortuna varios santanderinos.

Los datos fundamentales de este libro, así como alguna parte del anecdotario, se han escrito ampliando el material que usó el autor para sus *Siete Semanas en Madrid*, serie de 18 artículos publicados en 20 periódicos y revistas de Hispano América, a fines de 1936. Posteriormente, bajo los auspicios de varias agrupaciones hispanoamericanas de izquierda, se hizo en Costa Rica una primera edición de esos trabajos, una segunda edición en Chile y otra en Moscou, traducida al ruso, intituladas las tres *España en sus gloriosas jornadas de julio y agosto de 1936*. Aprovecha también el autor conceptos básicos de sus discursos, conferencias y entrevistas en Madrid, Valencia, Barcelona, Nueva York, Cuba, Panamá y Costa Rica, que hasta la fecha no se han reconstruido sino fragmentariamente.

Nuevos estudios e investigaciones estadísticas; otra permanencia en el territorio leal desde febrero hasta septiembre de 1937; mayor aportación de documentos y de observaciones sobre el terreno mismo de la realidad; la convivencia total de doce meses, en plena tragedia, con políticos, militares, escritores, artistas, altos funcionarios, campesinos y obreros de la España auténtica que lucha por su libertad y por su vida independiente; cuanto ello significa de responsabilidad intelectual y de obligación moral para la propia conciencia y para la conciencia de los demás, es lo que puede aducirse para estructurar en forma completa y definitiva este volumen.

Al liquidar con mi amable guía y consejero de una hora, se levanta de hombros:

—Lo que usted quiera. ¡Qué más da!

* * *

Después de un rato de descanso voy por las calles de esta alegre ciudad de Santander, abatida catorce meses más tarde por la caverna y por los invasores extranjeros. Bullicio, animación, tiendas y calles llenas de gente.

Hacia las tres de la tarde estoy en la Universidad Internacional de Verano, institución de cultura creada por el Gobierno de la República en agosto de 1932, cuando era Ministro de Instrucción el catedrático don Fernando de los Ríos, actual Embajador en Washington. Está emplazada en el Palacio de la Magdalena, antigua propiedad del Rey.

Fué para mí impresionante ver convertidas ciento cuarenta habitaciones de la exregia y lujosa mansión de verano, en salas de estudio, en laboratorios, en aulas, en comedores, en bibliotecas para profesores y alumnos. Allí donde hacían sus reuniones y tomaban manzanilla linajudas damas, cortesanos y señoritos de la confianza de Su Majestad, hay ahora inquietud intelectual, lecturas, conferencias. Y allí donde estaban las caballerizas reales ya no se oye el relincho de los caballos, sino la voz alegre de los estudiantes que fortalecen su cuerpo en los deportes.

—He aquí parte de la obra de la República—me dice uno de los profesores—. ¡Educación, bibliotecas circulantes, teatros al aire libre, universidades populares para jóvenes y adultos! ¡Y más de cuarenta mil escuelas primarias para niños que antes no recibían instrucción alguna, organizadas durante los dos primeros años de régimen republicano! Tenía que hacerse esta enorme labor cultural. Y se hizo, pese a las derechas, aumentando el presupuesto en cien millones de pesetas.

* * *

Visito al día siguiente, entre otros monumentos históricos, la antiquísima catedral, llena de humedad y de penumbra. El sacristán se detiene ante una pila de agua bendita, asegurándome que fué labrada por un moro y traída desde Córdoba en el siglo XII. A con-

tinuación recita unos versos dedicados a esa joya de piedra cuya edad afirma que lo emociona.

Se acercan dos canónigos, rebotantes de salud y parsimonia.

—¿Los persigue la República?

Me contestan que solamente en lo monetario podrían quejarse porque han disminuído las entradas. Ya el Gobierno no les da lo que antes recibían, como sufragáneos del arzobispado de Burgos. Confiesan, sin embargo, que con la suma que todavía reciben del erario público, y con aquello que buenamente se va recogiendo de limosnas, algo les queda para sus gastos.

—¿Pero tienen ustedes dificultades en materia religiosa?

—En lo que se refiere a libertad de cultos, a difusión y enseñanza de la fe católica—contestan—, no podemos ni debemos hacer en justicia ningún reparo al Gobierno del Frente Popular.

Se cumple entonces el Artículo 27 de la Constitución, que dice textualmente: “La libertad de conciencia y el derecho de profesar y de practicar libremente cualquier religión quedan garantizados en el territorio español, salvo el respeto debido a las exigencias de la moral pública.”

Me despido de los santos varones. Cerca de la salida principal, en el muro de la izquierda, hay un rótulo del que tomo estos apuntes:

Llamadas de Comunión

Formas para la Sagrada Eucaristía—Un golpe de timbre—(Señor don Anselmo)

Fieles para el confesionario—Dos golpes de timbre—(Señor don Benito)

Encender las velas del Altar Mayor—Tres golpes de timbre—(Sr. don Indalecio)

Repique de campanas—Cuatro golpes de timbre—(Señor don Pedro Vindas)

LA UNIDAD DE AMERICA Y DE ESPAÑA

Madrid, 10 de julio de 1936. — Viejos amigos me reciben y acompañan. La conversación se refiere a hombres y cosas de América. Me parece no haber salido de nuestro continente. Esto es México, esto es Cuba, esto es Cartagena de Indias, esto es Caracas.

No, no he venido a conocer España. Ya la conocía. Cuestión ancestral. Atavismo. He regresado a estas tierras después de trescientos años de ausencia; después de haber partido a otras regiones, también españolas, en la carne y en la sangre de mis antepasados.

Araquistáin, Benavente, Alvarez del Vayo, Diez Canedo, Soria-

no, Barnés, de los Ríos, Valle Inclán, Alberti, García Lorca, María Zambrano, Juan Ramón Jiménez, han sentido la misma impresión en nuestra América. Cuando en ella estuvieron no les pareció haber salido de España. Los mismos hombres, el mismo espíritu, el verbo de Cervantes, marcado en todo el sello profundo de la eternidad española.

E iguales también en su carácter, en lo que es defecto para otras razas, los de este y aquel lado del Atlántico. “Por esos defectos—me dice el genial autor de *Los Intereses Creados*—más que por sus virtudes, Hispano América y España seguirán unidas”.

“Se prohíbe fumar”, y todo el mundo fuma en los tranvías y en el “metro”. “No escupa usted”, y a nadie le parece cuerdo tragarse la saliva. ¡Tampoco se la tragan al sur del caudaloso Bravo!

Pero detalles tan simples no tienen importancia cuando ve uno hacia lo alto; o cuando se reconcentra y siente en lo más hondo el palpitar del alma española. A través de la grandeza de América, a través de esta alma hispana intensamente creadora, han comprendido altos valores peninsulares la grandeza de su patria. Y a través de la grandeza de España comprendemos nosotros hasta dónde pueden llegar la grandeza y el poder creador de América.

“Bolívar es nuestro—me dicen en la ciudad gloriosa de Madrid hombres de letras—; y nuestros son Hidalgo, Morelos, Sarmiento, Juárez, Montalvo, Sucre, Hostos, Cuervo, Bello, Rodó, José Martí, Díaz Mirón, Maceo, Rubén Darío”. Yo les he contestado que también son de nosotros, de los hispanoamericanos, Berceo, Lope, Calderón, los clásicos de ayer y los clásicos de hoy, Pérez Galdós, Valle Inclán, Benavente, Sancho, Don Quijote.

Esa es la raza, nuestra raza, la del doce de octubre, que ya no puede girar en torno de huesos que son ceniza, ni de carne, ni de sangre, ni del color de la piel. Esa es nuestra raza, cosa del espíritu. Esa es la unidad de América y de España, más que la de oidores, y de virreyes, y de espadones brutales. La unidad que ha podido sentirse, sobre todo, en estos años de lucha republicana por la libertad y por la democracia.

—Por la independencia—dice el más joven de mis contertulios españoles—, que ustedes hicieron efectiva hace cien años largos, y que nosotros no hemos podido realizar ni conquistar todavía.

—El destronamiento de un monarca—comenta otro—nada significa si solamente se trata de una substitución de gobernantes con distinto nombre, substitución que apenas mueve las cumbres del poder político.

Demasiado galantes en sus apreciaciones sobre nuestros países se muestran estos buenos amigos de Madrid, porque entre nosotros tampoco ha podido conquistar el pueblo su independencia en el profundo sentido en que esta palabra debe tomarse. Pero dejó lo de América para ceñirme a España y a la rebelión militar que ya se vislumbraba.

AGRESIVIDAD DE LOS REACCIONARIOS CON EL FRENTE POPULAR

Efectivamente, en los primeros días de julio de 1936 la rebelión militar se vislumbraba, se sentía, de ella hablaban públicamente amigos y enemigos del régimen republicano. No acertaba yo a explicarme la razón de aquel movimiento en ciernes que iban a desatar, no los explotados, sino precisamente los que seguían gozando de tan injustos privilegios medioevales que sólo a fuerza de palparlos podía creer uno que existieran.

Sería comprensible el malestar en las organizaciones proletarias, entre los campesinos, entre las grandes mayorías que continuaban a merced del poderoso grupo minoritario, formado por capitalistas, por el alto clero y por aristócratas de todo jaez. Pero no entre estas castas que disfrutaban, según queda dicho, de cuanto pudieron obtener en los felices tiempos de la Reconquista.

Me llamaba la atención que los periódicos de derecha, en forma insistente y con lenguaje desbocado de procacidad, calificaran con los peores epítetos a funcionarios de extraordinaria moderación, liberales auténticos que no pasaban de ser republicanos.

Juzgando la situación imparcialmente, no había razones fundamentales para que los reaccionarios se mostrasen en tal forma agresivos contra el Frente Popular, contra un gobierno en el que no había un solo socialista ni un solo comunista, y que pudo salir victorioso en elecciones arrolladoras durante el bienio de Lerroux y de Gil Robles.

Esas elecciones, celebradas el 16 de febrero de 1936, no obstante

la presión y el dinero del régimen derechista que estaba en el poder, dieron el siguiente resultado:

Partidos de izquierda	4,255,550	votos
Partidos de derecha	3,423,450	"
Liga Catalana	487,920	"
Centro	363,620	"
Nacionalistas vascos	132,270	"
	<hr/>	
Total de votos emitidos	8,662,810	"

Cotejadas las cifras del cuadro anterior, la representación y el número de diputados a Cortes, de acuerdo con la Ley Electoral, se ajustaron en esta forma:

Socialistas	89
Unión Republicana	34
Izquierda Republicana	83
Izquierdistas catalanes	22
Comunistas	14
Otros grupos antiderechistas	18
	<hr/>
Total de diputados del Frente Popular	260
	<hr/>
Diputados de Centro	66
	<hr/>
Confederación de partidos de derecha	96
Derechistas catalanes	12
Monárquicos	14
Nacionalistas	2
Otros grupos	23
	<hr/>
Total de diputados de derecha	147

Se desprende de estos números que los partidos de izquierda, incluyendo en ellos a los nacionalistas vascos, parte de los grupos del Centro y a los catalanes antiderechistas, obtuvieron más de cinco millones de sufragios contra tres millones y medio, aproximadamente, a que llegó la votación total en favor de las agrupaciones controladas por el clero, el feudalismo aristocrático y los grandes plutócratas de España.

* * *

Al amanecer del 17 de febrero ya se tuvieron noticias confirmadas de la gran victoria del Frente Popular. El triunfo de sus can-

didaturas era indiscutible en Madrid, Barcelona, Valencia, Sevilla, Zaragoza, Bilbao, en todo Asturias y en otras ciudades y provincias tan importantes como Cádiz, Huelva, Las Palmas, Santa Cruz de Tenerife, Málaga, San Sebastián, Teruel, Huesca, Almería, Jaen, Murcia, Alicante, Córdoba, Tarragona, Lérida y Gerona. (Diego Martínez Barrio, *Páginas para la historia del Frente Popular*, Ediciones Españolas, Madrid-Valencia, 1937.)

No era posible poner en duda la voluntad popular. Los candidatos de izquierda, solamente en Madrid y en Barcelona, obtuvieron 226,408 y 244,016 votos, respectivamente, en tanto que las derechas apenas pasaron de 100,000 sufragios en cada una de estas capitales, a pesar de las amenazas de los políticos dirigentes y de las admoniciones eclesiásticas. En tal forma repudió el pueblo a sus enemigos, que se quedaron sin acta parlamentaria nada menos que Lerroux, Samper, Melquiades Alvarez, Martínez de Velasco, Cambó, Echegarren, Salazar Alonso, toda una galería de exministros, jefes de partido y personajes de muchas campanillas.

Fué tan inequívoco el triunfo del Frente Popular que el Gobierno se declaró en crisis; y el Presidente de la República, don Niceto Alcalá Zamora, tuvo que pedir a don Manuel Azaña la formación de un nuevo Ministerio. El señor Azaña, al tomar el poder el día 19, se dirigió con palabras de paz a todos los ciudadanos, advirtiéndole que los rencores eran incompatibles con la responsabilidad oficial que asumía; y que habiendo pasado la contienda electoral, esperaba la cooperación de amigos y de enemigos con un solo lema: "Defensa de la República, prosperidad, libertad y justicia en España". (Primeras declaraciones de don Manuel Azaña, al formar Gabinete el 19 de febrero de 1936.)

Contestando a los que discuten la legitimidad del régimen izquierdista, el propio Portela Valladares, Presidente del Consejo de Ministros antes de las elecciones, durante las elecciones y después de las elecciones hasta el momento de traspasar el poder a don Manuel Azaña, ha declarado:

"Dimití el 19 de febrero. Los ministros que presidía coincidieron conmigo en que teníamos la obligación de transferir el poder inmediatamente, entregando incólumes y enteros los órganos del Gobierno. En un régimen democrático, gobierno que no tiene el apoyo de la Cámara no tiene razón de existir; y cuando habla el pueblo,

como entonces ocurrió, sólo él tiene toda la razón. Yo entregué el Gobierno al Frente Popular, porque estaba convencido de su triunfo, como también lo estaban las derechas." (Discurso de Portela Valladares al reunirse las Cortes en Valencia, 1º de octubre de 1937.)

CULMINAN LAS PROVOCACIONES CON LA MUERTE DE CALVO SOTELO

A pesar, sin embargo, de la legitimidad indiscutible del Gobierno del Frente Popular; a pesar de apoyarse las autoridades en la ley, desechando en todo instante lo que estuviese en pugna con la democracia y con la libertad; a pesar, pues, de su deseo de llegar a una justa transformación social sin atropellos ni violencias, los enemigos de la República se mostraban más intransigentes y más agresivos cada día, sin poner coto a sus provocaciones que empezaron desde la misma fecha en que el pueblo les negó su confianza en las urnas electorales.

¿Desde el 16 de febrero de 1936? Habría que contestar, para mayor exactitud, que las derechas conspiraron contra la República desde el propio día en que pudo cristalizar la voluntad del pueblo, claramente expresada en las elecciones municipales del 12 de abril de 1931. Cuarenta y ocho horas después cayó la Monarquía. Y desde ese momento empezó la lucha sorda de los monárquicos derrotados y de los inconformes con el Gobierno republicano.

Quiso el nuevo régimen hacer de la España feudal una España del siglo XX, educando al campesino y al obrero; garantizando la libertad de conciencia; mejorando las condiciones de vida de los trabajadores, dominados y explotados hasta entonces por los que entienden que la patria son sus intereses.

Mas no podían los viejos amos estar de acuerdo con una Constitución liberal, en la que España se define como república democrática de trabajadores de toda clase, organizados en régimen de libertad y de justicia; no podían aceptar que todos los españoles fuesen iguales ante la ley y que todos los poderes del Estado emanasen del pueblo; y les pareció que la Constituyente había cometido un grave delito con declarar la libertad de cultos, sin prohibir por lo tanto la práctica de ninguna religión, pero sin mantener tampoco ningún credo con el carácter de religión oficial.

El único artículo de la Constitución que complacía seguramente a los reaccionarios, y del cual sacaron positivo provecho, era el ar-

título 34 que a la letra dice: "Toda persona tiene derecho de emitir libremente sus ideas y opiniones, valiéndose de cualquier medio de difusión, sin sujetarse a la previa censura."

* * *

Esa libertad irrestricta sirvió para que la reacción desacreditara a la República y difamara a sus funcionarios en toda forma; para que el monarquista Antonio Goicoechea iniciara sus actividades antihistóricas con el grupo de Renovación Española; para que el instrumento de la Compañía de Jesús, José María Gil Robles, pudiese organizar sus agrupaciones cavernarias Acción Católica, Acción Popular y por fin la Confederación Española de Derechas Autónomas (C. E. D. A.); para que, en resumen, los "niños bien" y los pistoleros de José Antonio Primo de Rivera pusieran en práctica sus atentados terroristas con la Falange Española.

Preparado así el terreno creyó Sanjurjo que la ocasión era propicia para levantarse en armas. Y lo hizo con el respaldo de los enemigos de la República el 10 de agosto de 1932, habiendo fracasado en Sevilla por la resistencia ejemplar de los trabajadores. Pero no se castigó el delito de alta traición: Sanjurjo fué indultado por el Gobierno republicano.

Siguieron, empero, las maniobras contra el régimen liberal y democrático, ya no en el terreno militar sino en el parlamentario. Gil Robles, Lerroux y Calvo Sotelo provocaban en las Cortes constantes dificultades; promovían dilaciones en lo relativo a legislación social; y obstaculizaban el cumplimiento de leyes ya emitidas en favor de los campesinos, de los obreros, o en perjuicio imaginario, sobre todo, de los intereses materiales de la Iglesia católica.

En noviembre de 1933, gracias a su campaña de difamación y de escándalo; gracias también a las pastorales de los obispos, al púlpito y al confesionario, triunfaron en los comicios los grupos de estos jefes derechistas. Recobró entonces el alto clero todos los privilegios económicos del tiempo de la Monarquía; se redujo a tal grado el presupuesto de Instrucción Pública que en 1935, para enseñanza primaria, no se autorizaron egresos que pasasen de nueve millones de pesetas; bajó el salario de los trabajadores y sus sindicatos fueron perseguidos, así como los autonomistas de Asturias, de Cataluña y de Vasconia, originándose por consiguiente una oposición re-

suelta de las mayorías contra el Gobierno cedista, injertado en la República para destruirla.

Vino a parar la oposición en el levantamiento popular revolucionario de octubre de 1934, encabezado por valiosos elementos políticos, intelectuales y obreros de Cataluña, Asturias, Andalucía, Madrid y Euzkadi. La falta de unidad sindical hizo que fracasara este gran movimiento de liberación proletaria, a pesar de la lucha heroica que durante tres semanas sostuvieron los mineros asturianos.

Para dominarlos llevó el Gobierno de derecha, al norte de la península, numerosos contingentes de moros y de legionarios extranjeros. Los asturianos fueron a la postre vencidos, iniciándose una era bárbara de represión en contra suya. Cruelmente se les sacrificó por centenares. Las ejecuciones se sucedían unas a otras. Martirios, inquisición, torturas en presencia de madres, hijas, hermanas o esposas.

El número de prisioneros llegó a ser de ochenta mil, quedando en definitiva más de treinta mil reos políticos en las cárceles. Pero lejos de intimidarse, como en Austria, en Alemania o en Italia, los trabajadores españoles se llenaron de coraje y en las propias celdas de la prisión se organizaban para una nueva batalla.

¡Para la gran batalla electoral que con el Frente Popular los llevó al triunfo en febrero de 1936!

* * *

¡Otra vez, al tomar el mando las izquierdas, abre sus fuegos la reacción contra el Gobierno lealmente republicano! Sabotaje sistemático en perjuicio del Frente Popular. Exportación de capitales para debilitar la economía nacional. Calumniosas acusaciones en diarios y en revistas conservadoras, financiadas por los grandes succionadores del pueblo y por la Compañía de Jesús, en connivencia con los falangistas.

Estos últimos, fortalecido el número de pistoleros, cumplen con la consigna de disparar sobre las "casas del pueblo", provocando así con sus frecuentes atentados a los trabajadores de unos y de otros sindicatos.

Mas no sólo caen obreros. La Falange desea suprimir, como es natural suponerlo, a elementos destacados de la España republicana. ¡Agresión contra don Luis Jiménez de Asúa, catedrático de la Uni-

versidad Central! ¡Tiroteo de la casa de don Francisco Largo Caballero! ¡Estalla una bomba en el domicilio de don Eduardo Ortega y Gasset! ¡Asesinato de don Manuel Pedregal, Magistrado de la Suprema Corte! ¡Y el 14 de abril, aniversario de la proclamación de la República, atentado contra el Presidente Azaña y contra los ministros y demás funcionarios que presenciaban con él, desde la tribuna oficial, el desfile cívico-militar de tan gloriosa fecha!

Los feroces procedimientos de la reacción armada hicieron crisis el 12 de julio con el asesinato del Teniente Castillo, uno de los jefes más queridos y estimados de la policía republicana. El homicidio de este joven militar levantó una ola de indignación y de protesta entre todos los elementos de vanguardia.

Y en la madrugada del día siguiente, como una represalia que no obstante ser humana reprobó el Gobierno con la mayor energía, pagó aquel crimen con su vida el líder de la reacción y antiguo Ministro de la Dictadura, don José Calvo Sotelo, a quien sacaron de su residencia y dejaron muerto en el cementerio varios compañeros del guardia sacrificado horas antes por los falangistas.

SE REUNE LA COMISION PERMANENTE DE LAS CORTES

Estos actos lamentables caldeaban el ánimo de izquierdas y de derechas. El señor Gil Robles, al reunirse la Comisión Permanente de las Cortes, el 15 de julio de 1936, hizo acusaciones temerarias al Gobierno. El señor Barcia, Ministro de Estado, se enfrentó a la pasión desbordada del señor Gil Robles, habiendo dicho, entre otras cosas:

“Las palabras de Su Señoría, muchísimo más que una injuria, son una imputación calumniosa. Tengo que sofrenar mis sentimientos, ahogar la pena, dejar que el dolor me corroa, porque una pasión que conturba de tal manera el espíritu y la reflexión de Su Señoría, con un fondo de iniquidad tan espantoso, sólo me permite exclamar que a la historia entregaremos el resultado de las actitudes y de los conceptos aquí vertidos.

“No, señor Gil Robles: nos damos cuenta exacta del momento en que vivimos, y nosotros quisiéramos buscar en el espíritu de todos un refugio para que esta pasión no continúe exacerbándose progresivamente y no llegue al grado de paroxismo en que la ha colocado Su Señoría. Sabemos que por encima de todo, más allá de cuanto

nos pueda dividir, hay intereses esenciales y fundamentales que tenemos que defender. Esos intereses son los de España. Y esos intereses no se defienden, señor Gil Robles, con los términos verdaderamente monstruosos a que ha llegado hoy Su Señoría." (Crónica parlamentaria, Madrid, 16 de julio de 1936.)

A continuación el Ministro Barcia manifiesta que el Gobierno está seguro de que se hacen preparativos para un golpe de estado en Navarra, en Burgos, en Galicia, en parte de Madrid y en otras regiones de España, porque "no queréis acatar lo que ha representado el triunfo del 16 de febrero, y de ahí toda vuestra política y toda vuestra actuación, en pugna con la gran mayoría del pueblo español. Yo creo que el Gobierno se ha quedado corto al no meter mano a fondo a los elementos responsables de la guerra civil que se avecina en España. Los culpables de lo que ocurra, sois vosotros, los de la derecha, con vuestro dinero y con vuestras organizaciones. Pero haremos cuanto sea necesario para que la República no desaparezca de España."

Don Indalecio Prieto, por su parte, después de rebatir punto por punto al señor Gil Robles, hizo un llamamiento a la cordura y a la serenidad, lamentando la muerte del señor Calvo Sotelo, tan dolorosa como la de centenares de obreros, la de Sirval y la del Teniente Castillo, que fueron aprobadas por las derechas.

Tanto el señor Prieto como el diputado Díaz Ramos se refirieron, además, a los actos brutales cometidos en la represión de Asturias, cuando "tropas moras pasaron por el filo de sus gúntas a los mineros españoles."

* * *

A pesar de la prudencia del Gobierno republicano y de sus esfuerzos por evitar nuevos choques, el comentario público era cada vez más inquietante. Las derechas seguían sus preparativos bélicos, iniciados cuando Gil Robles fué Ministro de la Guerra durante el bienio negro de Lerroux. Y se decía que la rebelión iba a estallar anticipadamente, como resultado de lo de Calvo Sotelo.

Pero no se tomaban, al menos en apariencia, enérgicas medidas contra tan anunciada sublevación. Posiblemente el Gobierno de la República se mantenía en guardia con la mayor serenidad, para que no pudiera acusársele de perseguir a nadie; deseaba respetar hasta

el último momento el artículo 34 de la Constitución; y su actitud severa se haría sentir más adelante, a su debido tiempo, cuando las conjeturas se convirtiesen en hechos consumados.

No sospechaba el Gobierno, desde luego, los alcances del movimiento que preparaban las fuerzas de derecha, ni el respaldo que tenían en el exterior, ni podía tampoco imaginarse que casi todos los altos jefes del ejército y las más importantes guarniciones del país estuviesen de lleno en la conspiración.

¡Y había en España, para un ejército de ciento treinta mil hombres, con todas las armas en su poder, veintiun mil oficiales! Es decir, un oficial por cada seis soldados. ¡Y había, datos del Ministerio de la Guerra (*Anuario Militar*, Madrid, 1936), ochocientos sesenta generales! O sea un señor general por cada ciento cincuenta hombres de tropa. Esos flamantes generales, muchos de ellos con sabrosas jubilaciones y cruces de sufrimiento, estaban graduados en la siguiente forma:

Tenientes Generales	31
Generales de División	68
Generales de Brigada	313
Generales honoríficos	319
Generales de cuerpos especiales y asimilados	129
	<hr/>
Total de generales	860
	<hr/>



M. de la. † 1938.

CAPITULO SEGUNDO

Estadísticas de la realidad española

DOMINIO ECONOMICO DE LAS DERECHAS

TAN crecido número de excelencias galonadas y los oficiales de menor graduación, monárquicos casi todos—y así lo comprendían quienes no fuesen ciegos—, eran un peligro para la República. En varias conversaciones que tuve antes y después del 18 de julio con políticos y escritores, siempre se llegaba a la conclusión de que el Gobierno del Frente Popular había sido demasiado generoso con sus enemigos. No faltó quien me dijese rotundamente: “La República no ha hecho nada todavía que pueda llamarse revolucionario.”

Hasta cierto punto, no sin tomar en consideración las dificultades que se le presentaban al Gobierno para llenar las aspiraciones de las izquierdas, aquella afirmación se acercaba mucho a la verdad. Citaré algunos ejemplos y daré a continuación elocuentes estadísticas, en las que se refleja fríamente la realidad española.

Casi todas las calles de Madrid están iluminadas con gas. (Lo mismo ocurre en Francia, en la Francia republicana del otro Frente Popular.) Le parece a uno vivir en siglos pasados. Yo preguntaba el por qué. ¡Viejas concesiones a grandes empresas de alumbrado público!

Los tranvías, el subterráneo, los ferrocarriles, todas las compañías de transporte pertenecen a sociedades privadas—hoy intervinidas—que succionaban anualmente muchos millones de pesetas al pueblo español. Y cuando era indispensable aumentar los salarios de hambre de los trabajadores, las directivas alegaban incapacidad para hacerlo en razón de su penuria. Tenía entonces el Gobierno que aportar gruesas sumas, de tal manera que pudieran evitarse inminentes huelgas, ampliamente justificadas.

Sólo a los ferrocarriles, por ejemplo, hasta enero de 1936, les había dado el tesoro público algo más de 2,501,000,000.00 de pesetas.

De esa cantidad fabulosa corresponden los mayores repartos a las cuatro principales empresas ferroviarias, que son las siguientes:

	Pesetas
Ferrocarriles del Norte	723,465,878.53
Ferrocarriles de la red M. Z. A.	636,849,508.54
Ferrocarriles del Oeste	264,133,603.47
Ferrocarriles Andaluces	205,718,648.31

Total de sólo estas cuatro compañías, en gran parte controladas por accionistas de congregaciones religiosas	1,830,167,638.85
--	------------------

A despecho, sin embargo, de sus crecidas aportaciones financieras, el Gobierno no podía exigir que se redujeran los sueldos fantásticos de los directores y demás altos funcionarios de las 92 compañías ferrocarrileras que acogotaban a España. Cobraban los citados directores alrededor de 200,000.00 pesetas anuales, aparte de sus gratificaciones y gastos de representación que a veces, sobre todo en los Ferrocarriles del Norte, propiedad de los padres jesuitas, llegaron a sumar 400,000.00 pesetas para ciertos jefes. Otros, ya retirados, seguían recibiendo jubilaciones que fluctuaban entre 80,000.00 y 100,000.00 pesetas al año.

Los trabajadores, entretanto, y únicamente me refiero a las líneas en donde estaban "mejor" retribuidos, después de largos años de servicio recibían salarios como los que figuran en este cuadro:

61 agentes	2,000.00 pesetas anuales	5.55 al día
1,806 "	2,365.00 " "	6.56 " "
3,522 "	2,693.00 " "	7.48 " "
6,418 "	3,445.00 " "	9.56 " "
2,115 "	4,543.00 " "	12.61 " "
665 "	5,607.00 " "	15.50 " "

* * *

Cosa semejante estaba sucediendo con la Trasatlántica Española, y con la Transmediterránea de Juan March, y con los haberes pasivos del clero, y con las compañías de seguros. La República era su protectora como en épocas pasadas. Respecto de estas últimas empresas, las de seguros, ni siquiera tenían que pagar comisiones a vendedores de pólizas. En las portadas de casi todos los edificios de Madrid, de Barcelona, de Valencia, puede leerse un rótulo que dice: "Asegurado contra incendios".

Yo alababa el espíritu previsor de los españoles. “No es previsión—me contestaba algún amigo—sino que la ley obliga de hecho a asegurar todos los inmuebles, pues de lo contrario no hay manera de hacer ninguna operación en la que puedan servir de garantía”. En tales condiciones no hubiera sido mucho pedir que los seguros fuesen estatales y no de capitalistas privados, a quienes la ley estaba beneficiando en forma realmente inexplicable.

Respecto de la llamada “Banca Oficial”, era en realidad banca de plutócratas aristocratizados o de aristócratas plutocratizados, con dineros y garantía de la nación, pero sin el control del Gobierno sino de los accionistas particulares. A mayor crisis, a mayor miseria, mayores dividendos. El Banco de España, los obispos, los duques, condes y marqueses propietarios de buena parte de sus valores saneados obtuvieron, en 1935, algo más de 160 millones de pesetas de dividendos netos, lo que equivale a un 27 por ciento de interés en doce meses. (Estudios financieros publicados por Amaro del Rosal. Revista de la Federación Española de Trabajadores del Crédito y de las Finanzas, Madrid, 1934, 1935 y 1936.)

Por eso ha dicho el nuevo Presidente de la Federación de Banca y Director General de la Caja de Reparaciones, el citado autor Amaro del Rosal, que el Banco de España ha sido la gran casa de empeño, el montepío mayor en todo el territorio de la península. En lugar de colchones, en lugar de camas y de máquinas de escribir o de coser, negociaba con la pignoración de industrias, de minas, y con el propio Estado, cuyas emisiones quedaban también en manos de la benemérita institución.

VALOR DE LA PROPIEDAD TOTAL DE ESPAÑA

Estas observaciones y los datos concretos tomados de documentación oficial, que algunos fanáticos de la caverna podrían poner en duda, se complementan con publicaciones que para los derechistas no han de ser sospechosas. Sobre la riqueza de España publicó el ABC monárquico, días antes de las elecciones del 16 de febrero, diciendo que todo eso había que defenderlo en los comicios porque sería incautado por el Frente Popular, un llamamiento conmovedor que en parte así rezaba:

“¡Españoles! Seríais esclavos si votáis al bloque soviético de las izquierdas. Si tenéis un átomo de instinto de conservación defended

la riqueza de España. Defended trescientos mil millones de pesetas." No hablaban en esa fecha de salvar la religión, ni el orden, ni la familia, ni la patria, sino sus bienes materiales que en el citado cuadro aparecen desglosados en esta forma:

110,000,000,000.00 de propiedad agrícola y ganadera
 60,000,000,000.00 de propiedad urbana
 25,000,000,000.00 de valores mobiliarios privados
 20,000,000,000.00 de valores mobiliarios del Estado
 50,000,000,000.00 de maquinaria y demás bienes de la industria y del comercio
 15,000,000,000.00 de capital bancario, reservas y cuentas corrientes
 5,000,000,000.00 de valores ferrocarrileros
 4,500,000,000.00 en cajas de ahorro y similares.

* * *

Pero ¿de quién era casi toda esa riqueza que los políticos de Lerroux y de Gil Robles simulaban en peligro de "perderse" con el triunfo del Frente Popular? Ya se ha visto que los ferrocarriles, los valores bancarios, los transportes, la propiedad urbana, las grandes empresas industriales, en fin, estaban en poder de las altas clases parasitarias. Las estadísticas que siguen, rigurosamente comprobadas, darán idea del capítulo relacionado con la propiedad agrícola y ganadera:

Tiene el territorio español, en números redondos, 500 mil kilómetros cuadrados, equivalentes a 50 millones de hectáreas. De ellas 43,976,790 son agrícolamente productivas; pero antes de la República solamente se cultivaban 20,234,276 hectáreas, porque los grandes señores latifundistas necesitaban sus tierras para deportes y cacerías o no se preocupaban de hacerlas producir.

En un país de 24 millones de habitantes el 43.23 por ciento de la tierra se hallaba en poder de 27,912 propietarios; el 54.76 por ciento, en poder de 1,427 propietarios; y para el investigador francés, Angel Marvaud, 10 mil familias poseían en España, antes de la guerra europea, la mitad del territorio catastrado.

Otro escritor que se ha distinguido por la exactitud de sus cifras estadísticas, Fedor Ganz, asegura en su *Ensayo de la Historia de España* que "los grandes propietarios se benefician con el 60 por ciento de la riqueza total en la provincia de Badajoz, el 57 por ciento en Cáceres y el 49.76 por ciento en Salamanca."

En estas tres provincias 3,867 terratenientes reunían 69,685,306

pesetas, en tanto que 159,355 pequeños propietarios apenas llegaban a obtener entre todos, en pleno dominio del Frente Popular, 23 millones de pesetas. El terrateniente mediano contaba con un mínimum de 18,000 pesetas anuales de ganancia neta por término medio, mientras que al pequeño propietario sólo le podían quedar 150 pesetas. En Sevilla los latifundistas—5 por ciento de los propietarios—controlaban el 72 por ciento de la riqueza total, dato que ratifica Pascual Carrión en su brillante ensayo—Madrid, 1932—sobre los latifundios de España.

Antes de 18 de julio de 1936 había en la península 590,000 propietarios de menos de una hectárea; 527,583, de una a cinco hectáreas; 3,871, de quinientas a mil hectáreas; 1,752, de mil a dos mil hectáreas; 817, de dos mil quinientas a cinco mil hectáreas; y 350 detentadores de cinco mil a ochenta mil hectáreas. (*Nuestra España*, París, varios números de 1937.)

Se pueden resumir estas cifras del agro español haciendo ver que 20 latifundistas, 20 grandes señores, poseían para ellos solos 647,699 hectáreas; que más del 50 por ciento, más de la mitad de la tierra, estaba en manos del uno por ciento de sus habitantes; y que el 41 por ciento de la población activa agrícola no poseía una mísera parcela, teniendo que vivir en las regiones más abandonadas con salarios de hambre—0.50 por 14 horas de trabajo—o por la comida que “bondadosamente” dejaba caer el amo.

¡Esa era la situación de tres millones de campesinos que clamaban desesperadamente por un pedazo de su propia tierra!

ALGUNOS DE LOS MAS GRANDES LATIFUNDISTAS

Duque de Medinaceli	79,146 hectáreas
Duque de Peñaranda	51,015 “
Duque de Villahermosa	47,203 “
Duque de Alba	34,455 “
Marqués de la Romana	29,096 “
Marqués de Comillas	23,719 “
Duque de Fernán Núñez	17,732 “
Duque de Arión	17,666 “
Duque del Infantado	17,171 “
Conde de Romanones	15,132 “
Conde de Torres Arias	13,644 “
Conde de Sástago	12,629 “
Marquesa de Mirabel	12,570 “

Duque de Lerma	11,879 hectáreas	
Marqués del Riscal	9,310	"
Duque de Albuquerque	9,077	"
Conde de Elda	8,323	"
Duque de Tamames	7,921	"
Marqués de Viana	7,166	"
Conde de Toreno	7,099	"
Marqués de Narros	6,736	"
Conde de Mora	6,503	"
Duque de Sotomayor	5,835	"
Duquesa de Plasencia	5,243	"
Conde del Real	5,142	"
Duque de Alcudia y Sueca	5,080	"
Marqués de Arienzo	5,065	"
Conde de Campo Alange	4,883	"
Marqués de Camarasa	4,787	"
Marqués de Santa Cruz	4,642	"
Conde de los Andes	3,593	"
Duque de San Fernando	3,581	"
Conde de Floridablanca	3,531	"
Duquesa de Monteleón	3,292	"
Marquesa de Argueso	3,108	"
Marqués de Hoyos	3,051	"
Conde de Bornos	2,952	"
Duquesa de San Carlos	2,946	"
Duque de Almenara Alta	2,924	"
Marquesa de Canillejas	2,821	"
Duquesa de Terranova	2,805	"
Conde de Viñeza	2,780	"
Marqués de Guadalcazar	2,770	"
Duque de Béjar	2,730	"
Marqués de las Torres de Presa	2,556	"
Marqués de Castelar	2,404	"
Marquesa de Castelbel	2,274	"
Conde de Villagonzalo	2,150	"
Duquesa de la Conquista	2,052	"
Duque de Castro Enríquez	2,014	"

He logrado reunir en esta lista tomada de fuentes oficiales—y que en Valencia pude ratificar en el Ministerio de Agricultura y en el Instituto de la Reforma Agraria, durante los primeros meses de 1937—los nombres de un pequeño sector de “títulos”, dueños de más de dos mil hectáreas. Podría agregar los nombres de muchos otros terratenientes con menos de la superficie indicada, pero tengo

la impresión de que el cuadro anterior es suficiente para que los lectores puedan apreciar las condiciones agrarias que aun en tiempo de la República prevalecían en la nación española.

Entre los poseedores de más de mil hectáreas, pero de menos de dos mil, figuran el Duque de Santo Mauro, el Marqués de Bosch, el Duque de Medina de las Torres, el Duque de Abeyro, el Marqués de Nervión, el Duque de Híjar, el Duque de Serclaes, el Duque de San Pedro de Galatín, el Duque de Valencia, la Duquesa de Albrantes, la Marquesa de los Soidos, la Duquesa de Medina de Rioseco, el Marqués de Quintanar, el Conde de Guendelain, el Marqués de Albuydere y tantos otros señores y señoras que por su sangre azul abominan de lo rojo que es pueblo, que es cultura y aspiraciones de una vida menos desigual, menos injusta, con un poco siquiera de humanidad.

PODER Y RIQUEZAS DEL CLERO

Mas no solamente por aristócratas, capitalistas y militares estaban dominadas las grandes mayorías de trabajadores españoles. Estadísticamente queda demostrado el poder económico de las dos primeras castas de parásitos. En las cifras finales de este capítulo verán los que tengan interés en saber la verdad, no con palabras sino con números, lo que costaba al pueblo de España el sostenimiento de la clase militar. Pero quiero antes referirme al otro grupo improductivo que abusando de la fe católica, ha tratado con más codicia que piedad a los creyentes de la península.

Para que no se hable de jacobinismo me baso en hechos que no necesitan adornarse con adjetivos, queriendo aumentar su contundencia. Empezaré por el número de eclesiásticos:

134,580, divididos en dos grupos: 102,962 monjes y monjas, sin poder bastante para llevar almas al cielo; y 31,618 sacerdotes ordenados, hábiles en el confesionario, elocuentes en el púlpito y con todas las de ley para impartir la absolución por culpas y pecados, mortales o veniales.

Es decir, que había en España un eclesiástico, con o sin tonsura, por cada 178 españoles; un monje o una monja por cada 233 habitantes del país; y un sacerdote ordenado por cada 759 pobladores de la República "anticatólica" del Frente Popular.

De acuerdo con datos del Registro Profesional, debido posible-

mente a emigraciones de religiosos desde que cayó la Monarquía, la proporción en 1935 fué de un sacerdote por cada 810 españoles. Y en su libro *Spain in Revolt*, Harry Gannes y Theodore Repard, autores norteamericanos ajenos a toda pasión anticatólica, aseguran después de minuciosas investigaciones que el cálculo más exacto, hasta 1936, era de 106,734 eclesiásticos, con el promedio de uno sin óleos por cada 223 ovejas, y de otro con estola para cada 942 presuntos pecadores peninsulares, necesitados de absolución in extremis mortis para traspasar los umbrales de la gloria eterna.

Aun tomando como base el dato menos trágico de *Spain in Revolt*, el de 942 ciudadanos por sacerdote ordenado, podrán advertir hasta los caballeros marianos lo que esto significa, si se toma en cuenta que en Italia, centro católico del mundo, sede de Su Santidad, hay un sacerdote por cada 20,314 súbditos del señor Mussolini. (Obra citada: *Spain in Revolt*, Nueva York, 1937.)

Se llega entonces a la conclusión de que en España, si la grey estaba desnutrida en lo físico y en lo intelectual, no podía en cambio quejarse en lo que toca a salvación del alma y a tener preparado el espíritu para volar al cielo, con billete de primera, después de tanto padecer en esta vida.

* * *

Respecto de riquezas suele decirse que exageran los que señalan las del clero español. A continuación y en páginas subsiguientes quedará demostrado que no hay tales exageraciones. El caso de España ha sido igual al de Hispano América durante el coloniaje. Se enriquecieron de tal manera las comunidades religiosas a costa de la propiedad y con abuso del indio, que la Corona, defendiéndose a sí misma, prohibió terminantemente a la Iglesia, a fines del siglo XVII, la adquisición de nuevas tierras. Cito al efecto la cédula real expedida sobre el particular, que tomo del interesante estudio *El Problema Histórico de Hispano América*, publicado por el escritor ecuatoriano César Vicente Velásquez:

“Prohíbese que los conquistadores y pobladores de la Nueva España a quienes se repartiesen tierras, las vendan a la Iglesia ni a monasterio ni a persona eclesiástica ninguna, so pena de que lo hayan perdido y pierdan y se pueda repartir a otros.” Y agrega el señor Velásquez que la propiedad del clero había pasado de la mi-

tad del valor total de la propiedad de cada país, de modo que en todo el continente la Iglesia era la más poderosa institución latifundista.

Por su parte, en el primer volumen de obra suya tan famosa como la *Historia de México*, dice don Lucas Alamán: "La totalidad de las propiedades del clero no rebajaba ciertamente de la mitad del valor de los bienes raíces mexicanos. El Ayuntamiento de México, viendo la multitud de conventos de uno y otro sexo que se iban levantando y la muchedumbre de personas que se destinaban al culto eclesiástico, así como las grandes sumas invertidas en fundaciones piadosas, pidió al Rey Felipe IV, en 1644, que no se fundasen más conventos de monjas ni de religiosos, siendo demasiado el número de las primeras y mayor el de las criadas que tenían; que se limitasen las haciendas de los conventos y se prohibiera el seguir las adquiriendo, lamentándose de que la mayor parte de las propiedades estaban con dotaciones y campos en poder de religiosos, y que si no se ponía remedio en ello, en breve serían señores de todo".

Lo mismo estaba sucediendo en el Paraguay, América Central, Río de la Plata; en lo que hoy es Colombia, Perú, Bolivia, Venezuela, el Ecuador; en todos los virreinos y en todas las provincias o capitanías del nuevo mundo. Nada tiene de extraordinario, por consiguiente, que en la metrópoli hubiese podido acumular el clero las inmensas fortunas que ahora se quieren presentar como producto de "rojas" fantasías.

Así ocurre siempre que cualquier movimiento revolucionario pone en peligro bienes detentados, sobre todo en países de organización económica semifeudal. Y así se explica que en España el clero esté con los capitalistas, con los aristócratas y demás succionadores, sus clases afines, y que defienda "el sagrado derecho" de la propiedad privada.

* * *

Derecho, naturalmente, muy elástico. Porque olvidan los obispos españoles que solamente durante el reinado de Carlos I el tesoro real, aparte de lo que ellos tomaron, obtuvo un millón de ducados por las confiscaciones en perjuicio de los que tuvieron que confesar, a fuerza de tormento, ante la Santa Inquisición, su pecado de herejía.

Y olvidan que desde 1481 hasta 1788 despojó el Santo Oficio a 291,450 propietarios, quienes en concepto del sacratísimo tribunal

merecían el oprobio de la condena por ser culpables contra Dios. Heredaban ese oprobio los hijos, los sobrinos y los nietos del penado, en tal forma que no pudiesen reclamar los bienes a que tenían derecho por herencia.

Con estos antecedentes es fácil comprender que en 1936 el clero pudiera controlar el 32 por ciento de la riqueza total de España: industrias, minas, transportes, bancos, fincas urbanas, fábricas de licores y grandes haciendas.

La cuarta parte de la propiedad agraria era suya.

Contaba con mayoría de acciones en los trenes subterráneos de Madrid y de Barcelona, así como en los tranvías de casi todas las ciudades de la península.

Eran dueños los padres jesuitas de la Banca Urquijo, con capital declarado de 126 millones de pesetas, y de otros bancos cuyas reservas pasaban de 500 millones de pesetas.

Y la más poderosa congregación eclesiástica de España—como lo fué de varias repúblicas de América—, la ya citada Compañía de Jesús, pudo mantener su dominio económico en los Ferrocarriles del Norte y en otras empresas similares, sin que el Gobierno de izquierda tratara en forma alguna de perjudicar su explotación ni de poner freno a sus conocidas apetencias materiales.

COMO HABIA PODIDO ACUMULAR LA IGLESIA TANTOS BIENES

Muchos se preguntarán, lógicamente, cómo pudo acumular la Iglesia tantos bienes, teniendo sin duda de competidores al propio Rey y a la nobleza. Habría que contestar que las castas privilegiadas, a todo lo largo de la historia, se pusieron casi siempre de acuerdo por ser comunes sus intereses. Y así se observa que en España nobleza, clero y monarquía han ido de la mano, antes y ahora, por necesitarse mutuamente.

Por supuesto que en ésta, como en toda afirmación de carácter general, suele haber excepciones. Alfonso X el sabio, Enrique IV el impotente, Carlos I de España y V de Alemania, la Reina madre de Carlos II el hechizado, para citar unos pocos ejemplos, anduvieron en divergencias y aun en choques armados con aristócratas y obispos.

Pero en el fondo de todas estas divisiones, generalmente transitorias, se encontrará como motivo principal la lucha de intereses.

En el caso de Carlos I de España y V como Emperador de Alemania—hijo de doña Juana la loca, fué él quien puso en práctica las ambiciones imperialistas concebidas en el cerebro anormal de su regia madre, viuda de Felipe el hermoso—; en el caso de este monarca, empezaba yo a decir, los conflictos entre él y la nobleza tuvieron por origen la preferencia que concedía a los señores de Flandes, codiciosos extranjeros que no hablaban siquiera el idioma del país. Fué tan ruda la oposición al Rey, que algunos títulos aprovecharon el movimiento popular de las Comunidades para desplazar a sus rivales fuereños. Mas tan pronto lograron su objetivo mitras y nobleza, volviéronse contra la masa popular y cooperaron en la persecución y sacrificio de los comuneros.

Medio siglo antes a Enrique IV, que encumbró a los humildes “salidos del estiércol”, la nobleza de abolengo lo había denigrado con el mote de “impotente” y lo depuso en efigie: “. . . Las quales cosas así leídas, el Arzobispo de Toledo don Alonso Carrillo, subió en el cadahalso, y quitóle la corona de la cabeza . . . y el Marqués de Villena, don Juan Pacheco, le quitó el cetro real de la mano . . . y el Conde de Placencia, don Alvaro de Estúñiga, le quitó la espada . . . y el Maestre de Alcántara . . . y el Conde de Benavente . . . y el Conde de Paredes . . . le quitaron todos los otros ornamentos reales, y con los pies le derribaron del cadahalso en tierra . . .” (Mossén Diego de Valera, *Crónica de la Farsa de Avila.*)

Las discordias, empero, se arreglaron en vida del infortunado Rey, con perjuicio del pueblo, como se arreglaron también las dificultades de Felipe V el animoso—mucho tiempo después—con la casta clerical, “cuando se había llegado al extremo de despedir al Nuncio.” Iniciáronse las negociaciones del Concordato en 1714, quedando la Iglesia bajo la autoridad real y no de la Santa Sede. Comenzó a atacarse la base económica del clero, cuyos bienes raíces eran inalienables. Se prohibieron los sepelios en las iglesias y se trató de restarle nuevas posibilidades materiales a la institución católica, no pudiendo firmarse el Concordato durante cuarenta largos años, hasta el reinado de Fernando VI, en cuya época se logró perfeccionar aquel convenio. Continúa, sin embargo, la lucha de intereses; y en marzo de 1767 expulsa Carlos III a los jesuitas, poseedores de la mayor riqueza territorial y eclesiástica.

Mas no obstante cuanto sale a luz en lo relatado, la historia y

la estadística vienen a confirmar que las clases parasitarias se entendían y que la explotación a su favor ha sido posible en España, y de una parte a otra de la tierra, abusando en toda ocasión del trabajo de las grandes mayorías productoras.

* * *

Lo que no salió del fisco, amasado con el sudor del pueblo, salió también del pueblo español en forma más directa: expropiaciones, convencimiento espiritual, opresión material, torturas inquisitoriales como se pudo ver líneas arriba. Para comprobarlo, haciendo a un lado consideraciones de índole literaria, me apoyo de nuevo en datos y en cifras compendiados en la siguiente forma:

El auxilio oficial, los presupuestos del Estado de 1900 a 1931, daban al clero un promedio de 106 millones de pesetas al año, aparte de regalías de Ayuntamientos, donaciones particulares, diezmos y primicias.

En el siglo XIX y en centurias anteriores a Felipe II, hasta llegar después a Fernando VII, las partidas eran más bajas. Pero si se calcula el poder adquisitivo de la moneda de distintas épocas hasta los albores de la edad media; si los ducados se convierten a pesetas y se tiene a la vista una tabla comparativa de precios y de salarios; si se hacen investigaciones tan cuidadosas como las que han podido hacer el Padre Zurbitu y el Padre Agustino Zarco Cuevas, se llega entonces a obtener la información más o menos correcta de que el clero estuvo recibiendo, durante varios siglos, un total equivalente a 10 mil 122 millones de pesetas cada cien años.

Como puede observarse, los cálculos anteriores no son "comunistas": fueron hechos precisamente por religiosos. Gentes también religiosas, o que por lo menos quieran ceñirse a la verdad, podrán atestiguar con el presupuesto de erogaciones que ya caída la Monarquía, en 1931, siguió la Iglesia recibiendo los favores del Estado con 65 millones de pesetas. En 1932 le asignó el Gobierno republicano 42 millones. En 1933, 24 millones. En el 34 y en el 35, con Lerroux y con Gil Robles, recobró la santa institución todos los privilegios que tuvo durante el viejo régimen, volviendo las vacas gordas al redil de la catedral. ¡Y en 1936, gobernando por segunda vez las terroríficas izquierdas, todavía figuran en planilla las sotanas de la curia con 8,250,000 pesetas, sólo para el primer semestre!

ESTADISTICAS DE PRODUCCION

“Entre todas las tierras del mundo, España ha una extremanza de abondamiento e de bondad más que otra tierra ninguna. Es cerrada toda en derredor: del un cabo los montes Pirineos, que llegan hasta el mar; de la otra parte el mar Océano; de la otra, el mar Tirreno . . .”

“España es como el paraíso de Dios, ca riégase con cinco ríos cabdales que son: Ebro, Duero, Tajo, Guadalquivir e Guadiana; e cada uno dellos tiene entre sí e el otro grandes montañas e tierras; e los valles e los llanos son grandes e anchos; e por la bondad de la tierra e por el humor de los ríos llevan muchos fructos, e son abondados. España, la mayor parte della, se riega de arroyos o de fuentes, e nunca la menguan pozos en cada lugar donde los ha menester. .”

“España es abondada de mieces, deleitosa de fructos, viciosa de pescados, sabrosa de leche e de todas las cosas que della se facen; llena de venados de caza, cubierta de ganados, lozana de caballos, provechosa de mulos, segura e bastida de castillos, alegre por sus buenos vinos, folgada de abondamiento de pan, rica de metales de plomo, de estaño, de argent vivo, de fierro, de arambre, de plata, de oro e de piedras preciosas . . .”

“España es briosa de sirgo e de cuanto se face dél, alumbrada de cera, dulce de azúcar, complida de odio, alegre de azafrán.”

* * *

Este canto en prosa, estas frases de don Alfonso el sabio, escritas en mitad del siglo XIII, otra vez las habría empleado en nuestra época el primogénito de San Fernando. Porque eso era y eso es España, acrecentadas posteriormente sus riquezas con el descubrimiento, la conquista y la colonización de América. Eso era y eso es España—así se verá en las estadísticas que siguen—, como lo es también Hispano América: tierras dotadas de cuanto necesita la sociedad humana para su desarrollo material y cultural; ambiente propicio para que acaben los hombres por tolerarse los unos a los otros, que es lo menos que se puede pedir y lo más a que se puede aspirar en este mundo.

¡Ah!, pero si ahora viviese don Alfonso, filósofo y poeta, vería que su pueblo se ha debatido en pavorosa escasez a pesar de la “extremanza de abondamiento”; recordaría las sublevaciones de la no-

bleza en contra suya, mientras se enfrentaba la Corona con los musulmanes de Cartagena, Cádiz, Sanlúcar y Niebla; comprendería que los obispos y los aristócratas españoles de hoy, como los de ayer, se han aferrado a una política de clase, feudal y absorbente; y el claro entendimiento del autor de las *Siete Partidas* haría luz en las razones del desequilibrio: concentración de la propiedad agraria y del capital financiero en pocas manos, después de un proceso de acumulación que ha durado varios siglos.

Hijo y suegro de santos, acaso prefiriera no basarse el culto rey en doctrinas "disolventes" para sacar sus conclusiones. Al Vaticano y a las encíclicas papales tendría sin duda que volver los ojos, huyendo de los maestros socialistas condenados por la Santa Sede. Mas he aquí que los pontífices llevaríanle a razonamientos semejantes, pues no difiere la teoría de éstos y de aquéllos, aunque bien es verdad que en la práctica van por muy distintos rumbos los que se apoyan en la ciencia y los que todo lo esperan de la bondad divina.

Cerraría por fin los libros el buen monarca, para observar de lleno la realidad de su país: costosas empresas militares de las casas reinantes, ajenas al pueblo español; expulsión de judíos, mudéjares y moriscos; debilitamiento, en consecuencia, de la economía nacional, por abandono del trabajo agrícola, mercantil e industrial; clases parasitarias apoderándose de la tierra y formando latifundios; aumento incesante de burócratas, de religiosos y de militares. ¡Codicicia sin freno, cerrilismo, atesoramiento!

El oro de los piratas ingleses, arrebatado a España, sirvió para establecer en Inglaterra la gran industria y desarrollar la economía británica. El oro de América llevado a la metrópoli, las propiedades arrebatadas a los árabes, las propias riquezas de la península, los bienes del clero y de la aristocracia, por el contrario, fueron capital que se restó a la economía española, invertido en iglesias, en conventos, en palacios y en joyas, mientras la masa popular apenas podía vivir y menos ilustrarse, teniendo que buscar nuevos horizontes en otras latitudes.

* * *

España, sin embargo de todo eso, a pesar de la distribución desigual de la propiedad y del producto del trabajo, ha podido subsistir por la feracidad de su suelo y por la índole laboriosa de sus ha-

bitantes. Véase, si no, este otro cuadro de hace dos años, que aprovecho para completar la visión de la península en su aspecto económico, y para tener una idea más cabal del enriquecimiento de las clases privilegiadas. Lo dió *El Debate*, periódico de la Compañía de Jesús, en una de sus grandes ediciones extraordinarias de 1935. De las muchas páginas que entonces publicó, relacionadas con la producción española, juzgo de importancia entresacar los datos que siguen:

De los 42 millones de territorio agrícolamente productivo (43,976,790 hectáreas, para mayor exactitud), 44 por ciento es de montes y pastos; y 40 por ciento de tierras cultivadas, o sea la misma proporción de Francia y de Alemania. Pero—en los propios datos de los jesuitas queda el hecho constatado—el rendimiento del agro peninsular no ha podido nunca equipararse con el de Francia ni con el de Alemania. El latifundismo, la organización feudal de la propiedad española contestan, con meridiana claridad, a la pregunta que razonablemente puedan hacerse los lectores.

Sigo con mi reseña, tomada de *El Debate*: Campos de remolacha en Aragón. Cereales en Castilla y en Galicia. Viñas riquísimas en La Mancha. Olivares en Andalucía. Huertos en Levante, en Valencia y en Murcia. Limones, toronjas, mandarinas, almendras, limas, aceitunas, pasas, uvas, avellanas.

Una sola cosecha de trigo en España vale más que toda su explotación minera, siendo el tercer país productor de ese grano en Europa. Arroz, maíz, tabaco, lana, algodón, aceite de oliva, plátanos, azúcar, lino, seda, ganado de toda especie, alcoholes de distintas clases, todo lo necesario para su consumo lo produce España.

El excedente se exporta, ocupando la naranja el primer lugar de los productos que salen al exterior: de nueve a diez millones de quintales por año. Dos terceras partes se despachan por mar, en más de mil embarcaciones, y un tercio por tierra en setenta mil vagones de ferrocarril. La zona naranjera se extiende por Valencia, Castellón y Alicante. Hay también grandes naranjales en Murcia, en Málaga y en Almería, y producción de la clase amarga de esa fruta en vastas regiones andaluzas. Esta naranja la consumen principalmente los súbditos de Su Majestad Británica, convertida en la famosa mermelada inglesa.

La agricultura, por lo tanto, como en tiempos de don Alfonso

el sabio, continúa siendo en España la base de su riqueza nacional, con productos más variados que en ningún otro país del continente europeo. Diez mil millones de pesetas anuales dan los campos de España, como promedio neto. El renglón más importante, huertos y frutales, ofrece un rendimiento de mil seiscientos millones, valorado el producto de la tierra allí donde lo entrega el agricultor.

Y doy fin a este resumen anotando que toda la riqueza que producen anualmente los trabajadores españoles, con su esfuerzo, con su sudor, con sus salarios de hambre, se ha valorado en veinticinco mil millones de pesetas. Sobre la base de veinticuatro millones de habitantes, con una distribución adecuada de la propiedad, quedarían por cabeza más de mil pesetas iniciales, que con el movimiento de rotación de la moneda hubieran hecho menos angustiosa la vida de obreros y de campesinos.

* * *

A una lenta transformación de la economía quizo llegar la República con la Reforma Agraria, con la ley de septiembre 15 de 1932 y con el decreto del 20 de marzo de 1936, sin atentados contra nadie, procurando únicamente que los latifundistas, "llegado el caso", cultivaran o vendieran sus tierras, sin que con ello se violase el artículo 44 de la Constitución.

Y el caso—dice un comentarista—"lo determinaba el auge de la riqueza pública y el hambre de los campesinos. Contra esos propósitos y contra esas soluciones—agrega—no hay persona decente ni conservador honrado que pueda protestar. Si es, además, cristiano, está en la obligación de darle gracias a Dios por haber tolerado semejante República. Porque ni la Reforma Agraria atentó contra la propiedad privada, ni el Estado laico contra la religión, ni la Reforma Militar contra los oficiales, ni la autonomía regional contra la unidad territorial y política de España".

Lo que ese comentarista afirma lo comprobé yo mismo, tocante a religión, con los canónigos de la Catedral de Santander, citados al principio de este relato; lo comprobé en Barcelona, en Madrid, en Valencia, en todos los pueblos y en todas las ciudades españolas que he visitado; y también en otras regiones ha podido comprobarlo y lo dice Antonio Ruiz Vilaplana, en su notable obra *Doy Fe*, de cuyas páginas son estas aseveraciones:

“En Burgos, durante los meses de febrero a julio de 1936, bajo el dominio político del Frente Popular, los cultos y los actos externos religiosos, aun los más exhibicionistas y llamativos, continuaron su ritmo normal. La República, que había mostrado su deseo de concordia con la Iglesia, acudió por medio de su alta magistratura a inaugurar la Iluminación Monumental de la Catedral burgalesa.

“En pleno gobierno del Frente Popular, la Semana Santa, festividad exclusivamente religiosa, fué respetada en los actos oficiales y tolerada ampliamente su celebración, aun en aquellos organismos que dependían directamente del Estado laico.

“Nadie podrá exhibir un caso, un ligero o minúsculo caso, detalle o punto concreto demostrativo de que la República haya realizado acto alguno agresivo o de menosprecio a la religión, a sus sacerdotes o a los creyentes”.

NUMEROS DEL PRESUPUESTO FISCAL

¡Cuánto se ha dicho, sin embargo, contra los liberales de la República Española! ¡Cuánto y en qué forma se les ha escarnecido y se les ha difamado, valiéndose de todos los medios y de todas las armas que tienen a su disposición las derechas reaccionarias del mundo entero!

Afortunadamente la verdad, y la verdad constará en la historia, es la picota de los grandes culpables. Algo más de esa verdad puede conocerse con estos números del presupuesto fiscal para el primer semestre de 1936:

Ministerio de la Guerra	Pesetas
Sueldos. — Personal de las distintas armas y cuerpos	88,455,055.00
Gratificaciones de mando, cruces pensionadas, medallas de sufrimiento, uniformes, vestuario, locomoción, cría caballar y demás gastos de guerra	452,545,244.00
Marina de Guerra en el mismo semestre	117,182,293.90
Total Guerra y Marina, clases activas	658,182,592.90
Clases Pasivas. — Montepío Militar	22,571,000.00
Retirados de Guerra y Marina y cruces pensionadas	34,618,265.00
Retirados de Guerra y Marina con arreglo a Decretos de 1931, personal en situación de reserva y cruces de los mismos, según ley de 21 de octubre de 1931	55,212,500.00
Total, primer semestre de 1936	770,584,357.90

¡Casi el 33 por ciento, la tercera parte del presupuesto total de la República, destinado al servicio de espuelas y de tizonas! He aquí, en pesetas, otras partidas tan elocuentes como las anteriores:

Aval del Estado para empresas ferroviarias, para la Compañía Trasatlántica y para intereses y amortizaciones	42,619,312.50
Otras deudas del Tesoro por valores en poder del clero y de capitalistas, intereses y amortizaciones	468,717,159.56
Comisiones al Banco de España	9,117,651.60
Haberes pasivos de congregaciones eclesiásticas, a extinguir en el primer semestre de 1936	8,250,000.00
Total clases privilegiadas, primer semestre	528,704,123.66
Más partidas de Guerra y Marina	770,584,357.90
Gran total	1,299,288.481.56

¡Así trataba y fortalecía el Gobierno “rojo” a los capitalistas, a los tenedores de bonos, al clero, a las grandes empresas, a los “sacrificados” militares que quieren ahora defender la civilización occidental con el auxilio de moros, italianos, alemanes y legionarios extranjeros! ¡Así los trataba: con el 51 por ciento de todos los egresos fiscales, calculados para el mismo semestre en 2,540,403,719.62!

Y así los sigue tratando en plena guerra, cuando no habría régimen que estuviese pensando en cumplir obligaciones como éstas:

“Boletín Oficial del Ministerio de Estado”. — Enero de 1937. — Sección Décimaoctava. — Página 35. — Haberes pasivos de la Iglesia de San Francisco el Grande.

1 Rector	4,000.00	pesetas
4 Capellanes mayores a 2,833.33 pesetas	11,333.32	“
1 Capellán menor	2,500.00	“
2 Porteros cuartos a 2,000.00 pesetas	4,000.00	“
Total del Capítulo 1º	21,833.32	“

¿Por qué, entonces, se han levantado en armas los privilegiados? Seguramente porque temían perder algo, algo apenas de sus inconcebibles privilegios. No querían desprenderse de nada. Ni de una mínima parte de los enormes latifundios de Extremadura y Andalucía.

Y por cerrilismo, por codicia, por defender lo menos, se lanzaron al movimiento cuartelario que con el auxilio de una brutal invasión imperialista está llenando a España de dolor y de sangre.



CAPITULO TERCERO

Estalla la conflagración

LA EMOCION DE TOLEDO

TOLEDO, 18 de julio de 1936. — Estoy en la ciudad imperial con los profesores Laudelino Moreno y Gerónimo Luengo. En esta ciudad que ofrecerá dentro de pocas horas, sin que al visitar sus monumentos pudiera sospecharlo, uno de los aspectos más trágicos de la actual guerra civil española.

Dentro de sus muros se conservan riquezas y joyas artísticas de diversas épocas y civilizaciones. Arquitectura de casi todas las edades. Hebreos, árabes y cristianos confundidos a través de la historia. Y sombras también, reflejadas en el Tajo, de los remotos y desconocidos fundadores, iberos o bereberes, cretenses, fenicios, arios, romanos, godos, los que antes habían venido de Grecia o los que fueron enviados a esta tierra privilegiada por Nabucodonosor.

La Catedral. Inmensa mole de piedra y de granito. Contemplando sus torres gigantescas, de pie bajo las fundidas toneladas de bronce de su "Campana Gorda", pude darme cuenta de la conquista y de la colonización de América. ¡Hombres capaces de levantar semejantes construcciones, bien podían aventurarse en el océano y descubrir y dominar un nuevo mundo!

En esta catedral vive uno en plena edad media, y va entrando en el Renacimiento conforme atraviesa naves y capillas de variada arquitectura. Las puertas, la orfebrería, el retablo del altar mayor, los artesonados de estilo mudéjar, las pinturas murales, el sepulcro de doña Juana Pimentel y del Condestable don Alvaro de Luna, los trabajos de hierro, las tallas en maderas preciosas, los altos y bajos relieves, el cuerpo en mármol del Cardenal Mendoza cubriendo sus cenizas, la voz de los canónigos en el coro majestuoso, todo allí es emoción y es grandeza.

Emoción y grandeza son, de igual manera, el castillo de San Servando, el Arco de la Sangre, la Mezquita del Cristo de la Luz, Santa María la Blanca, el Cristo de la Vega y la Iglesia de Santo

Tomé con el *Entierro del Conde de Orgaz*, cuadro famosísimo del Greco que los militares sublevados han querido vender en Londres.

* * *

Sigo caminando con mis compañeros por las estrechas callejuelas toledanas. A cada cien pasos surge un monumento: la Sinagoga del Tránsito, construída por Samuel Leví en el siglo XIV para uso de la aristocracia, como era para el pueblo la de Santa María la Blanca. Las puertas de la ciudad: la de Bisagra, la de Alfonso VI y la del Cambrón. El Zocodover, plaza principal de la metrópoli, antigua de varios siglos. Y el Alcázar, el grandioso Alcázar, con sus patios, con sus profundos sótanos, con sus torres gallardas del siglo XIII.

Hemos subido, hemos bajado, hemos ido de derecha a izquierda. Estamos por fin en una casa que a todos nos llena de recogimiento. Data del siglo XIV. Vivió en ella Dominico Theotocópuli, el inmenso pintor llamado El Greco. Su dormitorio. Su pequeña sala de estudio. Y en lo alto el salón blanco de luz en que pintaba.

Nos acercamos, en otro sitio de la ciudad, al Mesón del Sevillano, con su color y sabor de los siglos XVI y XVII. Entro en el patio con reverencia. Esta es la famosa posada que inmortalizó Cervantes en su novela ejemplar, *La ilustre fregona*, cuando dice: "Y esta noche no vayas a posar donde sueles, sino en la Posada del Sevillano, porque verás en ella la más hermosa fregona que se sabe".

Vamos caminando de nuevo hacia la Catedral. Queremos admirar el tesoro que no nos fué posible ver al mediodía. Ese y todos los demás riquísimos tesoros de las iglesias y de los conventos de España, desde los más valiosos cuadros y custodias hasta los más humildes candelabros, continúan al servicio del culto y en poder del clero, lo cual demuestra hasta dónde han sido "intolerantes" las izquierdas.

En el trayecto el profesor Moreno habla de historia. Pasan por Toledo las figuras de los conquistadores romanos; el primer prelado católico, San Eugenio; los reyes visigodos; los obispos que asistieron en el año 400 al primer Concilio toledano; las árabes que se apoderaron de la ciudad en 711; el último monarca godo, don Rodrigo; el Cid Campeador con su barba y armaduras; don Alfonso VI que pudo conquistarla en 1085, y que "adentróse en la plaza con mucha pompa, concediendo grandes prerrogativas a la población musulmana y judía"; don Alfonso X el sabio, autor de las *Cantigas* y protec-

tor de artistas y de hombres de ciencia; el César Carlos V, rodeado de cortesanos; todas las figuras centrales de España, en fin, hasta 1560 en que Felipe II trasladó a Madrid la capital del reino.

NO ES POSIBLE VER EL TESORO DE LA CATEDRAL

Ya estamos al pie de la iglesia, frente al palacio del Cardenal Primado de España. Desde la calle admiramos una vez más las altas torres. Allá, a muchos metros de altura sobre el nivel de la tierra, duerme la campana que horas antes habíamos visto de cerca.

—“La Campana Gorda” —repite el profesor Moreno—. La mandó a fundir el Arzobispo don Luis de Borbón en 1753, siendo bautizada con el nombre de San Eugenio. Pesa 1543 arrobas. Tiene 35 pies de circunferencia y 12 de elevación.

Al mirar hacia arriba recuerdo a mis doctos compañeros lo que en esas mismas torres, en la modesta vivienda que allí tiene la familia del sacristán, habíamos hablado con su mujer. Estaba tan pálida y desnutrida como sus dos hijos, pequeños y llorosos. Le preguntamos cuánto recibía de salario por sus servicios permanentes en aquella altura.

—Dos pesetas, señor. No nos alcanza para la leche ni para el agua que tenemos que pagar y subir todos los días.

—¿Y no hay posibilidad de que le aumenten?

—¿Que me aumenten? ¡Vamos, señor! Está temiendo mi marido que sólo nos deje Su Ilustrísima lo que buenamente quieran darnos los visitantes de la Catedral. Ustedes saben que ahora no es como antes. El pobrecito de Su Ilustrísima pasa grandes apuros por falta de dinero. ¡Culpa de la República, señor, culpa de la República! ¡Que Dios perdone a los enemigos de la Iglesia el mal que nos hacen!

Santiguóse la buena mujer y se despidió de nosotros suspirando de pena. ¡Es probable que diez días después se haya santiguado al mencionar el nombre de Su Ilustrísima, en cuyo palacio se encontraron gruesas sumas en billetes de mil pesetas, codiciosamente “ahorradas”, mientras aquella pobre familia se moría de hambre y de miseria en el propio corazón de la parroquia!

* * *

Ya en el interior del templo insistimos en nuestro deseo de con-

templar el famoso tesoro de la Catedral, valorado en quince millones de duros. Uno de los señores canónigos nos indica que no es posible verlo, no obstante que nos encontramos precisamente en la hora de visita.

Hay algo misterioso en todo esto. Se nota una gran nerviosidad, un sobresalto inexplicable, entre varios clérigos que cruzan las naves rápidamente, mirando con desconfianza a todos lados. El profesor Moreno discute, presenta sus credenciales y advierte al canónigo que irá a quejarse con el Gobernador Civil.

El Gobernador Civil se muestra también inquieto. Va y viene a largos pasos por su amplia oficina. Nos insinúa las razones por las cuales cree que el levantamiento será cuestión de pocas horas. Dice que los cadetes y casi todos los miembros de la Guardia Civil están reunidos en el Alcázar. Pero no se atreve a proceder contra ellos, ni a evitar que lleven víveres y armas, porque no ha podido comunicarse telefónicamente con el Ministerio de la Gobernación.

Todo aquello me parecía sorprendente, extraordinario. Quisimos trasladarnos al Alcázar para darnos cuenta de lo que estaba ocurriendo, pero el Gobernador insistió en que no lo hiciéramos porque corríamos peligro de quedarnos encerrados. Noté a la salida del palacio un gran movimiento en las calles. Niños y mujeres, entre llantos y forcejeos, eran materialmente arrastrados por militares y por parejas de guardias civiles.

Después se supo que estas mujeres y estos niños eran los rehenes proletarios que ante el mundo se hicieron aparecer como las esposas y los hijos de los facciosos. Vino a saberse, además, que los canónigos, los inquietos y nerviosos canónigos de la Catedral, habían llevado a la histórica fortaleza lo mejor del tesoro que ocultaron a nuestra vista. Y cuando ya el conflicto había estallado, los periódicos dieron la noticia de que el Gobernador Civil de Toledo, el señor Gobernador que se paseaba a largos pasos por su amplia oficina, estaba en inteligencia con los cadetes de Moscardó, quienes le habían ofrecido "protección" y buen acomodo en el Alcázar.

A las seis de la tarde, en plena efervescencia, tomamos el tren de regreso a Madrid. Al llegar nos enteramos de que lo acaecido en la guarnición toledana estaba sucediendo en el Cuartel de la Montaña, en el María Cristina, en el Pardo, Getafe, Vicálvaro y en los cam-

pamentos de Carabanchel. Ya los galones de los militares y la audacia de los falangistas tenían encendido el fuego de la rebelión.

EL PUEBLO DOMINA A LOS FACCIOSOS EN MADRID.

19 de julio de 1936.—Agitación en la capital, incertidumbre, noticias contradictorias. Renuncia el Gabinete de Casares Quiroga. Se forma el Ministerio de don Diego Martínez Barrio, que cae pocas horas después de haberse constituido, para traspasar los poderes al que ha formado don José Giral.

En la madrugada del 20 el tiroteo se ha generalizado en toda la ciudad. El pueblo está con las armas en la mano, con las pocas armas de algunos cuarteles de policía, para luchar contra los militares sublevados.

Llegan noticias del resto del país. En Melilla y en Ceuta se inició el conflicto, con el tercio extranjero y con regulares marroquíes. No se trata, por consiguiente, de una sublevación popular, sino de un levantamiento de jefes militares con fuerzas mercenarias y con mahometanos del protectorado de Marruecos, traídos a la península.

Durante todo el día 20, ese histórico 20 de julio de 1936, sigue en Madrid la gran jornada contra el golpe de Estado. ¡Ha caído el cuartel María Cristina! Con los fusiles, los cañones, las ametralladoras y dos viejos tanques de asalto de dicha guarnición, logran armarse los milicianos de la Unión General de Trabajadores, la Confederación Nacional del Trabajo, las Juventudes Socialistas, la Federación Anarquista Ibérica, los partidos republicanos y demás agrupaciones del Frente Popular.

Estos hombres, llenos de valor y de coraje, se lanzan a tomar el Cuartel de la Montaña, arrojando todos los peligros. Les acompaña una inmensa muchedumbre: ancianos, niños, mujeres, con palos y con piedras para batir a los traidores. El entusiasmo de la multitud es delirante cuando un grupo de mozos canta el Himno de Riego.

Varios "técnicos" espontáneos colocan sus piezas de artillería, tres pequeños cañones destartalados, en puntos estratégicos de la Plaza de España. En el centro, sobre un alto pedestal de granito, sonríe el escudero socarronamente ante los fulgores de la lanza que lleva en alto Don Quijote. ¡Este gran Don Quijote que pareciera dirigir la batalla desde el monumento que allí, mirando al Cuar-

tel de la Montaña, han levantado los españoles en honor de las andantes caballerías!

Comienza el fuego graneado de las ametralladoras. Los militares disparan sobre el pueblo. ¡Imposible detener a aquellos miles de hombres y de mujeres que exponen jubilosamente la vida por defender a la República! ¡Adelante, adelante!, es el grito de todos.

En otros sitios de la ciudad, en la Puerta del Sol, en el Ayuntamiento, frente al Ministerio de la Guerra, en calles y avenidas la población entera pide armas para enfrentarse a los facciosos. ¡Armas! ¡Armas! ¡Armas!

Se confirma que el General Franco, quien pocos días antes había reiterado su adhesión incondicional al Presidente Azaña y al régimen republicano, ha transportado a territorio español el primer contingente de seis mil moros. Ciegos de santa ira están los madrileños, asqueados de tamaña felonía. En todos los semblantes hay un gesto de indignación y de protesta.

No olvidan los españoles que estas fuerzas reaccionarias son las mismas que llevaron a cabo la represión de Asturias, en octubre de 1934, también con regulares marroquíes y con legionarios extranjeros. Recuerdan las matanzas tremendas de Oviedo, ordenadas durante el régimen beatífico de Lerroux y de Gil Robles. Y se habla de una nueva guerra de independencia. ¡Dos de mayo de 1808! ¡Veinte de julio de 1936!

Pero está sucediendo en España lo que nunca había ocurrido, según comentan los periódicos. El pueblo de Madrid obtuvo su gran victoria contra los ejércitos napoleónicos, a pesar de la decrepitud de un monarca que en Bayona se desmayaba de pavor o de vileza. Ahora, en cambio, están estrechamente unidos el pueblo y el Gobierno, la masa ciudadana y el Estado, que es su más genuina y consistente representación.

DETALLES DEL 19 DE JULIO EN BARCELONA

En medio de aclamaciones delirantes anuncian las difusoras oficiales el resultado de la lucha en las calles de la ciudad condal. Las milicias ciudadanas, peleando bravamente el día anterior, derrotaron a los facciosos que en la madrugada se habían lanzado sobre el pueblo de la gran metrópoli mediterránea.

El General Goded tuvo que entregarse y comunicar por radio

su rendición, para que pusieran fin a la contienda los militares a sus órdenes comprometidos en el cuartelazo. De la información radiada por la Generalidad de Cataluña tomo y sintetizo los párrafos siguientes:

“La victoria de la democracia sobre la dictadura militar que presentó ayer batalla en las calles barcelonesas; esta victoria netamente popular, es el vencimiento inevitable de los poderes tiránicos que han pretendido entronizarse en España. El 19 de julio de 1936 dirá a las generaciones presentes y futuras lo que han significado el valor y el sacrificio del pueblo de Barcelona, cuyos trabajadores han sabido defender sus derechos y su libertad con su sangre generosa.

“El Gobierno catalán, días antes de la sublevación, había adoptado precauciones para evitar el golpe de cuartel que tanto se anunciaba. Pero como el ejército se mantenía en sus guarniciones, diéronse órdenes para que una parte de las fuerzas vigilantes se retirara a descansar. No era una imprudencia ni una demostración absurda de confianza. Nuestros hombres necesitaban un descanso después de tres largos días en que apenas habían dormido.

“Pero a la media hora de ordenado ese descanso, minutos antes de las cinco de la madrugada de nuestro glorioso 19 de julio, las tropas rebeldes salían a la calle por las puertas de todos los cuarteles, con la única excepción de la Intendencia. La infantería, la caballería y los artilleros, al grito de ¡viva España!, iban a matarla con sus armamentos y con sus pertrechos de guerra. Al grito de ¡viva la República!, pretendían sorprendernos y establecer la confusión y el despotismo.

“Un aviso telefónico comunicó la noticia al Presidente de la Generalidad. Al mismo tiempo llegaba a la residencia presidencial el ruido de los primeros disparos, y el Presidente, don Luis Companys, hijo del pueblo, carne del pueblo, se dirigió a la Comisaría de Orden Público, en donde se le hizo un recibimiento apoteósico.

“Desde aquel instante no se esperó un solo momento el ataque de los facciosos, sino que se fué a la ofensiva. Las fuerzas leales y el pueblo heroico no han defendido posiciones: las han conquistado. Y las tropas enemigas, colocadas en puntos estratégicos de la ciudad, se han visto hostilizadas y vencidas por sorpresa en todas partes. Creían los insurrectos que el pueblo catalán iba a dejarse vencer fácilmente. No comprendían que acababa de pasar por el drama de

los dos años de mando derechista, y que en el caso de llegar nuevamente al poder, como en el bienio negro, intensificarían los reaccionarios su siniestra política antihumana.

“Por eso el pueblo catalán, al atacar a los sublevados, lo hizo con tal violencia que los militares traidores no fueron dueños más que del terreno que pisaban. En esta magnífica jornada queda reflejado el valor inenarrable de las organizaciones sindicales y de las heroicas masas catalanas, que atacaron a los insurgentes en cada lugar, en cada posición, rodeándoles en una ofensiva a muerte con rabioso coraje, con tal ímpetu, que el pueblo ha conquistado ametralladoras y cañones a pecho descubierto.

“A las doce del día los sublevados habían perdido las posiciones de la Plaza de España y de la Plaza de la Universidad. Iban llegando a la Comisaría de Orden Público los primeros grupos de jefes, oficiales y soldados prisioneros. Y con los prisioneros también llegaban los primeros cañones tomados al enemigo. Cañones que, al caer la tarde, empujados por el pueblo, sirvieron para el asalto de la Capitanía General, en la que Goded y su Estado Mayor se hallaban reclusos.

“Mientras desde la Plaza de Cataluña se batía a los rebeldes que aún quedaban, más que parapetados, prisioneros, en el Hotel Colón y en la Telefónica, otros grupos de ciudadanos iniciaban el bombardeo de la Capitanía General. Impresionó de tal manera dicho bombardeo a los jefes que allí estaban con el General Goded, que éste se rindió a los cuarenta y cinco minutos de asedio. La bandera blanca, puesta en el balcón principal del edificio, señalaba la derrota definitiva del movimiento.

“Los centenares de muertos extendidos por las calles de Barcelona, los miles de heridos que todavía en el suelo alzaban el puño cerrado en lugar de pedir auxilio, excitaban a los combatientes en pie a continuar la lucha. No habían caído en vano oponiendo su pecho a los partidarios de la tiranía. Su sacrificio no ha sido estéril ni lo será en lo porvenir. Esta es la gran lección escrita por Cataluña el 19 de julio. Una lección histórica que empezará a tejer, con el mismo ritmo de la guerra, una nueva conciencia social.

“A las siete de la noche el General Goded fué conducido al Palacio de la Generalidad. El Presidente Companys mantuvo con él un diálogo para convencerle de que debía anunciar al país, por

medio de la radio, la derrota que había sufrido, con objeto de evitar mayor número de víctimas. Así lo hizo el citado General desde el micrófono de la Generalidad, relevando a todos sus compañeros del compromiso contraído.

“Barcelona no ha sido dominada por los militares. Cataluña se mantiene fiel a la República. Caerán los fantasmas de un ayer nefasto y los tópicos patrioterros que cubrían afanes de dominación y privilegios de clase, para dar nacimiento a una nueva y auténtica República de trabajadores. Los generales insurrectos son los representantes de un militarismo ensoberbecido, que sólo sabía ganar batallas en el propio país indefenso y que mantenía siempre una coacción intolerable sobre el poder civil. Con esa falta de conciencia no es extraño que se hayan sublevado en nuestro protectorado del Africa, cubriéndonos de sonrojo y trayendo moros a España para tiranizar al pueblo español.

“Esas gentes y quienes les apoyan constituyen una reacción tan cruel y tan siniestra que nos avergonzaba ante el mundo. Todo eso será aniquilado; y bajo el signo de la vida y del progreso, con audacia creadora y aptitud responsable, iremos hacia una democracia integral. La rebelión está vencida. Nadie podrá contener el impulso victorioso de la moral del pueblo, que se lanza al combate con el heroísmo de los más puros ideales. Nuestro enemigo secular, en cambio, la reacción más bárbara del mundo, la casta militar, clerical y aristocrática, no tiene otro programa que el de mantener sus repugnantes privilegios materiales.

“Desde este micrófono de la Generalidad de Cataluña saludamos a los heroicos milicianos de toda España, a los hermanos de toda la península y a la opinión mundial, que aprecia nuestro esfuerzo y nos estimula con el concurso de su simpatía. Y al afirmar nuestra decisión de vencer hacemos votos para que impere la paz, de uno al otro confín de la tierra, bajo el signo de la justicia, del derecho y de la dignidad humana”.

SE OYE A LO LEJOS CAÑONEO DE ARTILLERIA

Manifiesto tan vibrante de los catalanes levanta todavía más el espíritu de las mayorías enardecidas, de los leales, de los trabajadores, que mantienen su adhesión fervorosa al Gobierno de la República. Y siguen luchando denodadamente contra los fac-

ciosos, a como haya lugar, en aquellas zonas donde pueden disponer de algunas armas para enfrentarse a los militares sublevados.

En Madrid, del 21 al 23 de julio, tomados el Cuartel de la Montaña y las demás guarniciones, la población no puede contener su regocijo. Los madrileños están como de fiesta. Bulliciosos comentarios. Patriótica alegría. Aglomeración de grandes y de chicos. En todas las casas de los barrios pobres ondean banderas rojas. Hombres, mujeres y niños levantan el puño al paso de los milicianos.

Pero la edad media, en pleno siglo veinte, no quiere darse por vencida. Y parapetada en iglesias, en conventos, en balcones y azoteas, dispara con rabia sobre los que ganaron la batalla gloriosísima del nuevo dos de mayo.

Saben los reaccionarios que el General Sanjurjo, jefe de la rebelión, murió carbonizado al estrellarse el aeroplano que lo traía de Lisboa. Saben que Fanjul se entregó en el Cuartel de la Montaña. Saben del fracaso y del enjuiciamiento de Goded en Barcelona. Mas no se conforman con su derrota. El "paqueo" toma proporciones cada vez mayores. Los disparos se multiplican al amparo de la noche.

¡Abiertas todas las ventanas! ¡Todas las luces encendidas! Esa es la orden que reciben los habitantes de Madrid para dar con los "pacos" emboscados. Estos tienen instrucciones, por lo visto, de sembrar el terror, matando por igual a milicianos y a civiles.

Fallan, en parte, las precauciones de las autoridades. Tiros de fusil. Tiros de revólver. Tiros de ametralladora. Muertos y heridos en calles, en plazas, en aceras. Hospitales de sangre. Ambulancias. Obreros armados vigilan los edificios sospechosos. Comienzan los registros domiciliarios. ¡Y lo que en defensa propia tenía que hacerse con los culpables, aunque bien es cierto que a veces pagan justos por pecadores: los trágicos paseos a la Casa de Campo!

Persiste el tiroteo. Madrid, sin embargo, no se arredra. Los disparos no conturban el ánimo de los vencedores. ¡Ah, pero se oye a lo lejos cañoneo de artillería! Ya están los sublevados en el Guadarrama. Se acercan las tropas rebeldes que han logrado dominar algunos pueblos vecinos. ¡Nada importa! ¡No pasarán!

El pueblo entero ofrece sus servicios. Se forman batallones de voluntarios. Falta disciplina. No hay jefes entrenados. ¡Nada

importa! Hay dos palabras que lo dicen todo: ¡No pasarán!

En camiones y en automóviles van a la Sierra los milicianos del pueblo. ¡En camiones y en automóviles, ya muertos o gravemente heridos, regresan aquellos valerosos muchachos que sin saberlo manejar se echaron el mosquetón al hombro!

* * *

Es emocionante todo esto. La reacción ha querido que España retroceda al pretorianismo, y se ha encontrado con la fuerza invencible de los obreros, de los campesinos, de la intelectualidad más prestigiosa vibrando al unísono con la gran masa escarnecida y explotada durante varias centurias.

En favor de esa masa, ciertamente, no ha podido hacer gran cosa la República, maniatada desde su nacimiento por las derechas cerriles. Pero bien saben los trabajadores que perderían lo poco conquistado si el Gobierno cayese de nuevo en manos de la sordidez conservadora.

Y para evitarlo, con arrojo y heroísmo inigualables, toman las armas y están venciendo en estas jornadas históricas del mes de julio de 1936, como han seguido venciendo al prolongarse la invasión. ¡Gesta difícil de narrar, que debe llenarnos de orgullo a los que llevamos en las venas sangre española —¡espíritu español!—: no hemoglobina miserable del Conde don Julián, ni de Opas, Cabanellas, Queipos o Francos!

Por un alto ideal —como los soldados de Bolívar; como los mexicanos de Hidalgo y de Morelos; como los de Juárez contra la invasión francesa; como los hombres de Maceo y de Martí; como los de Nicaragua con Sandino—, por sus derechos, por su libertad, se han lanzado los españoles anticavernarios a la lucha, que es lo mismo que echarse en brazos de la muerte, renunciando así a la vida con todas sus ilusiones y con todos sus afectos.

ANECDOTARIO DE LOS PRIMEROS DIAS

—¡Me le han asesinado! Allí está. Acabo de reconocerlo en el depósito de cadáveres. Abiertos tenía los ojos y destrozado el pecho—, exclama sollozante una mujer castellana al salir del Hospital de San Carlos.

—¿Y cómo cayó, señora?

—Ayer, en el Cuartel de la Montaña. Era un guapo mozo de veintitrés años.

Suspira la madre atribulada. Hay un silencio doloroso en el grupo que la rodea. Centenares de personas se aglomeran frente al vetusto edificio, esperando de un momento a otro la noticia fatal que allí les tiene. Tratan algunos de dar aliento a la madre que llora la muerte de su hijo. Un miliciano cincuentón, su hermano, su marido, la acompaña. Ella dice, enjugándose las lágrimas:

—Más ha de valerle esta gloria de morir luchando que una vida oscura, de privaciones y de penas. No, no era cualquier cosa. Fuerte, alto, lleno de salud. Pero no pasaba de ganar cuatro pesetas.

Solloza otra vez la mujer y continúa:

—Con medios para educarle por lo menos doctor hubiera sido. Pero fué honrado su padre. Quiero decir que fué pobre. Y pobres seguiríamos siendo con tan bajo jornal como ganaba el hijo. Por eso era desdichado. Y ha perdido la vida para que sus compañeros tengan lo que él no pudo tener.

¡Madres, enormes madres españolas, sufridas y abnegadas! Cuántas veces, con sus hijos en brazos, habrán recitado el villanico de Martínez Sierra:

Se lo llevarán.
 ¡Y era carne mía!
 Me lo matarán.
 ¡Y era mi alegría!
 Cuando esté muriendo
 dirá: “¡Madre mía!”
 Y yo no sabré
 la hora ni el día.

* * *

El “paqueo” cobra fuerza inusitada en la mañana del 24 de julio. Las ambulancias recogen constantemente muertos y heridos, sobre todo en la manzana de la Basílica de Atocha, cuyas torres amenazan a los transeuntes con las bocas de fuego de cinco ametralladoras. No queda más remedio que hacer uso de la gasolina y de un mechón encendido, para que las llamas purifiquen inquisitorialmente a los que convierten en cuartel la casa de Dios,

o para que la desalojen si a bien y caridad lo tienen.

Esa misma tarde, no por ser iglesias sino albergue de "pacos" y de artilleros; no por persecución religiosa sino por defensa de la vida, arden la citada Basílica de Atocha, la vieja Catedral, Santa Isabel y San Nicolás. En pie quedan los muros gracias a la intervención de los bomberos. Y frente a las fachadas de aquellos templos-fortalezas, antieconómicamente quemados por culpa de quienes debieron haberlos defendido con su mesura, con su bondad y con su amor al prójimo; frente a los atrios y a los barandales, miles de espectadores comentan el proceder de tonsurados y de fascistas.

Los habitantes de una de las más populosas barriadas de Madrid, que en verano viven en la calle, con hijos y nietos metiendo ruido, están aglomerados en torno de un antiquísimo santuario en llamas. De la verja de hierro pende una sotana roja de monaguillo, a manera de gonfolón antifascista. El murmullo de las voces se confunde con el chisporroteo de las maderas.

—Mira que tiene gracia— dice una guapa madrileña de ojos almendrados, a otra bella moza que la acompaña. Salta en respuesta una viejecita ochentona, una de esas viejecitas de la España atormentada que se derrumba:

—¿Que tiene gracia? Gracia tuviera si ahí hubiesen colgado al tío pelmazo del sacristán.

—¡Abuela!— exclaman las dos muchachas.

—¡Qué abuela ni qué asustarse! Por algo me lo digo. Desde esa torre disparaban contra las milicias varios "pacos". ¡Y él los dirigía!

Sigue hablando aquella estampa viviente del siglo pasado, cuando se acerca un grupo de milicianos:

—Retirarse, compañeros, retirarse, hay peligro.

* * *

Se aproxima un camión lleno de guardias de asalto. Van a registrar tres edificios de esa misma manzana, desde donde el fuego sobre las calles ha sido continuo. Varios compañeros y yo, que habíamos salido de la revista *Leviatán* media hora antes para llegar urgentemente al periódico *Claridad*, nos agregamos a los soldados del pueblo.

Queríamos constatar la corrección del nuevo ejército, ejército de voluntarios que no han vivido en los cuarteles, y hemos logrado ver escenas que salvan el prestigio de estos bravos hombres. Respetuosamente han pedido permiso para efectuar el cateo de los pisos sospechosos.

Una señora se desmaya. Ellos la atienden y arropan. Muebles y papeles de las habitaciones registradas quedan en perfecto orden. A nadie se le ocurre dejarse nada para sí.

Advierto con íntima satisfacción racial que ninguno de aquellos valerosos muchachos ha tomado licor. Los trabajadores españoles no se emborrachan, no usan aguardiente, no salen del trabajo para dirigirse a la taberna. Una "caña", un vaso de buen vino cuando comen.

Tal vez por eso en esta trágica guerra civil, en esta monstruosa guerra de invasión, no pueden señalarse violaciones ni atropellos de los españoles auténticos contra sus propias mujeres. ¡Allá los moros y los legionarios extranjeros!

* * *

Un piso más arriba. Otro "paco", capitán del ejército. Se le requiere para que abra. Nadie contesta. Se oyen de pronto tres disparos. Los milicianos rompen la puerta.

Nunca olvidaré aquel cuadro pavoroso: el capitán, su esposa y una niña de cuatro años, con las sienas sangrantes, se revuelcan en el suelo. Son los últimos estertores de la agonía. Pocos minutos después el color amarillento de la muerte contrasta con lo rojo de la sangre.

Los milicianos se descubren. En sus fieros rostros tostados hay un gesto de piedad y de pena. Pero la piedad se convierte en un dolor infinito, en una protesta muda contra los provocadores de estas cruentas infamias, cuando de una habitación vecina surge la figura temblorosa de otra pequeña. Parece no haber cumplido todavía los once años.

Ocultábase detrás de una cortina. La tomo de la mano. Está pálida, desencajada, fría, con el horror y el espanto retratados en la inocencia de su semblante. Dice que vió lo que hizo su padre, quien dió muerte a su mamá y a su hermanita.

—¡Yo le pedí de rodillas que no me matara!

El capitán, ante las súplicas de esta pobre criatura, no tuvo valor para ultimarla.

* * *

En el ático vivía un suboficial del ejército que también estaba "paqueando". Antes de que los milicianos pudieran entrar en su departamento, cuando llamaban a la puerta, mató igualmente a su mujer y luego se suicidó.

Del alto edificio fueron sacados cinco cadáveres y una niña huérfana que recogieron los vecinos.

¡Estos son los dramas horribles de la guerra! ¡De la guerra más injusta desatada sobre un pueblo sano y generoso! De un pueblo como el español, cuyas legítimas aspiraciones podrían sintetizarse en muy pocas palabras: menos sudor en la frente, menos angustia en el corazón, y algo más de pan y de justicia que a todos por parejo les nutriese el cuerpo y el espíritu.



M. J. R. 1938.

CAPITULO CUARTO

La reacción y la transformación social frente a frente

EL FASCISMO INTERNACIONAL DETRAS DE LOS MILITARES SUBLEVADOS

CON la derrota de los facciosos en Barcelona y en Madrid; con el desconcierto que les causó la muerte del General Sanjurjo; con la actitud de la mayoría de los tripulantes de los barcos de guerra, obreros marinos que se han opuesto a sus jefes rebeldes contra la República; con el empuje, en fin, del pueblo español, que demuestra en toda forma su lealtad a las instituciones democráticas, pudo haber terminado rápidamente el cuartelazo, ya que estos movimientos sólo triunfan por sorpresa.

Pero la conspiración de los mandobles tenía ramificaciones en todo el territorio nacional, contando, además, con el apoyo decidido de tres gobiernos dictatoriales de Europa: el de Italia, el de Alemania y el minúsculo de Portugal. Armas, aeroplanos, ametralladoras, municiones en cantidades fabulosas llegan constantemente a los partidarios del medioevo. Y a falta de españoles, a falta de respaldo popular, siguen contratando moros en Marruecos los defensores cuartelarios de la civilización occidental.

El 27 de julio aterrizan en Cerdeña seis aviones italianos, procedentes de Milán. Vuelven a elevarse el 30 de julio, dirigiéndose hacia el Marruecos Español. Uno de estos aeroplanos se estrella y otros dos aterrizan en la región de Orán. El alto comisario de Francia en Rabat —según el *Manchester Guardian*— hace saber telegráficamente a su Gobierno que los oficiales italianos, ocupantes de los aviones, habían recibido “órdenes para España” desde el 15 de julio; es decir, tres días antes del comienzo de la guerra civil.

Diarios franceses del 31 de ese mismo mes, por informaciones precisas de sus corresponsales, dan detalles exactos de estos trimotores, del número de ametralladoras con que están equipados, de su marca Savoia-Marcheti y del nombre de sus tripulantes: capitán Trioesi, sargento Giliberti, sargento Tagotti, sargento Belzo

Elio, sargento Renato, sargento Terrio y sargento Boppestini. Los documentos tomados a bordo de los aparatos permiten establecer que corresponden a las escuadrillas 55, 57 y 58 de la aviación regular italiana.

Se refiere además la gran prensa de París a una noticia, fechada en Milán, que copio textualmente: "36 barnizadores de la fábrica "Breda" han trabajado sin descanso en dos campos militares, desde la mañana del sábado 26 hasta la tarde del domingo 27. Debían tapar las insignias italianas de doce trimotores de bombardeo S—81. Estos aviones han partido durante la noche con rumbo desconocido".

Cuarenta y ocho horas después, el 2 de agosto, *Le Temps* recibe de Rabat un lacónico mensaje: "14 aviones del mismo tipo de los que cayeron en Saida, han llegado a Nador". Y por datos de la Agencia Radio llega el citado periódico francés a estas conclusiones, robustecidas por su corresponsal en Londres:

"Dedúcese, no sin haber hecho antes una cuidadosa investigación, que el General Franco se apresta a utilizar gran número de aeroplanos de guerra alemanes e italianos, recibidos ya por él y tripulados por personal técnico de las dos potencias fascistas. Entre estos aeroplanos de que dispondrá el ejército rebelde los hay de caza y Junkers alemanes de bombardeo, así como italianos del tipo Caproni. Se cree que el primer ensayo de estos aparatos se ha hecho contra la población de Badajoz".

* * *

En tales condiciones el movimiento tiene forzosamente que prolongarse. Cada día, a cada hora mejor dicho, se hace más sangrienta la lucha en la Sierra vecina del Guadarrama. Y los trabajadores pelean desesperadamente en Avila, Almansa, Hellín, Zaragoza, Toledo, Guadalajara, Alcalá de Henares, Logroño, San Sebastián, Tortosa, Irún, Oviedo, Almería, Segovia, Córdoba, Sevilla y Cádiz.

Las noticias que se reciben en Madrid, durante los primeros días de agosto, exaltan el sentimiento popular. Los asesinatos en masa que ordena Queipo de Llano en Andalucía; el fusilamiento de varios miles de socialistas, de comunistas, de republicanos y de liberales en la plaza de toros de Badajoz; los saqueos y las viola-

ciones que cometen los marroquíes en los pueblos por donde pasan; y la constante provocación de fascistas y de falangistas, quienes continúan "paqueando" y haciendo nuevas víctimas en las calles de Madrid, enardecen a los milicianos que patrullan la ciudad y a los miles de hombres que van y vienen de las montañas de Somosierra.

El Gobierno, por medio de los periódicos y de las estaciones difusoras, llama al pueblo a la serenidad y a la cordura. Pero el hervor aumenta cuando se van teniendo detalles de la invasión; cuando se publican fotograbados de aviones procedentes de Italia y de Alemania; cuando, a pesar de las doctrinas evangélicas, desde iglesias, monasterios y otras fincas de congregaciones eclesiásticas se sigue disparando hacia las calles incesantemente.

La seguridad de que el golpe de cuartel se ha convertido en invasión, cohesionan con más fuerza a las distintas organizaciones del Frente Popular. A ellas se une con mayor entusiasmo, conforme aumenta el peligro, la gran masa del pueblo. ¡Y así se realiza el milagro, el gran milagro de España! Cuando a un gobierno, cuando a un régimen le falla el ejército, ese gobierno cae inevitablemente. A todos nos parece, por lo mismo, sin lugar a duda extraordinario, que la administración republicana española haya podido sostenerse, que se siga sosteniendo, con el noventa por ciento de los militares sublevados y con casi la totalidad de las armas en su poder.

Pues ha podido sostenerse y presentar combate contra ejércitos extranjeros, porque al faltarle el apoyo de los cuarteles, al echarse sobre el pueblo quienes estaban en la obligación de defenderlo, ocurrieron a respaldar a la República el brazo y los hombros de los trabajadores. ¡Claramente queda demostrado que la victoria del Frente Popular en las elecciones del 16 de febrero, que el plebiscito de las urnas, se mantiene también con unos cuantos rifles y con unos cañones viejos en el campo de batalla!

Ya entrado el mes de agosto, no obstante las pérdidas que se sufren en las fragosidades del Guadarrama, todo en la capital continúa siendo optimismo, agitación, movimiento, manifestaciones entusiastas de la población entera. Lejos de intimidarse, crece por momentos el espíritu combativo de los madrileños. No importa que los facciosos hablen de no rendirse. ¡Serán dominados! No

importa que sigan entrando moros y legionarios de los presidios europeos a territorio nacional. ¡En España se les dará sepultura! Ese es el espíritu de Madrid a las tres semanas de guerra.

Los sublevados, entretanto, con mujeres y con niños, con rehenes y con prisioneros de ambos sexos, se hacen fuertes en el Alcázar de Toledo, en el Alcázar de Segovia, en la Alhambra y en el Generalife de Granada, en la Mezquita de Córdoba, en la Giralda de Sevilla, en iglesias y en palacios de las regiones que están en su poder.

El pueblo de Madrid comenta esas noticias con natural indignación. Pero el furor madrileño se vuelve regocijo indescriptible cuando la difusora oficial anuncia que cinco mil mineros de Linares marchan sobre Sevilla, para defenderla de Queipo de Llano. Y en medio de ovaciones delirantes pasan por la calle de Alcalá seis mil mineros de Asturias. ¡Vienen a reforzar a los milicianos! Inmensas avalanchas, multitudes frenéticas aclaman a estos trabajadores que fueron los héroes de la revolución de octubre.

EL ESPIRITU DEL PUEBLO SE REFLEJA EN LOS PERIODICOS

El ánimo de estos días gloriosos, el clima o ambiente de la España leal y heroica, se refleja en los periódicos. “Ante la defecación del ejército —dice *Claridad*— acudió el pueblo a sostener al Gobierno, pues cuando los militares traicionan o fracasan como instrumento de defensa, es el pueblo el que se arma y se organiza espontáneamente para la lucha. Se arma para defenderse de la invasión exterior o interior. Invasión, en este caso, de arriba a abajo, brutal, vertical, que los militares tratan de llevar a cabo. Así fueron las guerras de reconquista contra los árabes; así la guerra contra Napoleón; así esta defensa del pueblo en masa, de abajo a arriba, contra espadones sin prestigio”.

La Libertad, julio 25: “Estos madrileños que desde el amanecer buscan afanosos los sitios de concentración de milicias, jóvenes menores de treinta años, son los nietos de aquellos soldados que supieron perecer el dos de mayo de 1808. Vivimos la gran fiesta de la libertad. Todo el pueblo es un solo corazón. No se pelea por el presente. Importa más el futuro. Muertos antes que encadenados, tal es la consigna de los jóvenes. España tenía y tiene en reserva este gran tesoro: la juventud. La juventud que va ale-

gremente al combate. No le preocupa morir en la epopeya. Cae con un vítor en la garganta reseca. Tiene el alma llena de luz. ¡Qué hermoso y qué bello sacrificio!"

Otra vez *Claridad*, julio 29: "Tenemos en nuestra mesa de redacción la boina roja del cura de Viana. Nos la trajo de Somosierra el teniente coronel Lacalle. Se la quitó al interfecto. Como esa boina había muchas en aquel frente de combate. Eran las de los carlistas navarros, quienes después de acabar por sorpresa con los socialistas indefensos de los pueblos de su provincia, pretendían hacer su entrada triunfal en Madrid del brazo de los morros africanos. Pero no pudieron resistir el ataque de las milicias. Después del ejército de la gran revolución francesa y del ejército de la magnífica revolución rusa, jamás tuvo otro igual la gigantesca misión histórica que está cumpliendo actualmente el pueblo español en armas".

Refiriéndose a la forma de obtener el generalato en España, asegura un escritor: "No se nombraban los generales por méritos de guerra o por su ciencia militar, sino por cualidades anatómicas o fisiológicas que impresionaban a los monarcas de ambos sexos. En el siglo XIX Godoy, gallardo y "castigador", ascendió de modesto guardia de corps a las cumbres del ejército bajo la protección de una reina, que le dió el título de Príncipe de la Paz a cambio de sus caricias. Y muchos generales de esa centuria, en aquel morboso período isabelino, vieron florecer sus entorchados en el campo de la libídene.

"En tiempos de la Reina regente la simpatía religiosa substituyó a la erótica. Es la coyuntura de los militares católicos. Polavieja, rezador e inquisitorial, es el espadón representativo de esa época. Luego vienen los generales señoritos, amigos de Baco y de Venus Pandemos, que son los protegidos del último Rey, el de los colmados, el de los prostíbulos, el de los grandes negocios que él y sus favorecidos hacían a la sombra del Estado.

"Pero eso se acabó para siempre. Ya no hay reinas con furor uterino ni monarcas galopines. Los jefes y oficiales del nuevo ejército, el ejército del pueblo, han de elevarse por obra del ejército mismo. Es la democracia que se instaura en las fuerzas armadas, como siempre ocurre en los ejércitos revolucionarios".

Por su parte el diario *Política* señala en esta forma, grá-

fica sin duda, a los cavernarios del golpe militarfascista: "Banqueros, latifundistas, generales que nunca ganaron una batalla, compinches de Alfonso XIII en trapicheos y grescas, en las orgías del coto de Doñana y en los concursos del tiro de pichón".

Luis Araquistáin, julio 29: "La historia del generalato español es la historia de una serie inacabable de derrotas. Las grandes hazañas militares españolas rara vez han sido obra de los profesionales de la guerra, sino de los hombres surgidos del pueblo y del propio pueblo en armas. Son caudillos de la inagotable cantera popular los que conquistan América, y profesionales militares los que la pierden. A Napoleón no le hicieron frente en España los técnicos del arte de la guerra sino las guerrillas populares.

"La casta militar ha vivido a costa del pueblo, para sostener en el poder político a la inquisición monárquica y a las oligarquías parasitarias: aristocracia territorial, iglesia católica, burocracia y capitalismo financiero.

"Acostumbradas las oligarquías históricas a nutrirse de las colonias, cuando éstas se perdieron en ultramar, España fué la última colonia del ejército y de las demás clases explotadoras. El derrumbamiento de la Monarquía inició la independencia política y económica del pueblo; es decir, de la última colonia del viejo Estado español, pero no la completó. Dejó en pie al ejército y a todas las oligarquías tradicionales, que, como era lógico, intentarían recobrar sus antiguos privilegios.

"Lo intentaron, en efecto, por la violencia, el 10 de agosto de 1932; y dentro de una ficción legal, en las elecciones de 1933. Ahora, al ver que como resultado de la revolución de octubre de 1934, las elecciones de febrero de 1936 apartaban para siempre del poder a esas oligarquías, el ejército se ha lanzado a la criminal sublevación que está sufriendo España. Es su última carta y la está jugando a vida o muerte.

"Jamás en la historia del mundo ha habido una insurrección militar tan alevosa y extensa; pero jamás tampoco un pueblo se ha levantado en armas tan íntegramente y con tanto entusiasmo como el español. La gran Comuna de París palidece ante este grandioso ejemplo de España, y la revolución rusa de 1917 no le supera en heroísmo y unanimidad de combate.

"Ante semejante ejemplo de abnegación y de valor hay que

llevar el movimiento revolucionario español a sus últimas consecuencias políticas, económicas y sociales. No debe quedar ni vestigio de la España feudal y anacrónica que se ha sublevado. La última derrota de un ejército que desde hace dos siglos apenas tiene en su historia más que derrotas, debe ser también la primera gran victoria de la revolución española en marcha. Perder esta oportunidad sería un crimen de lesa humanidad y de lesa patria”.

Marcelino Domingo: “La historia fué pródiga para los militares. Se produjo en 1931 un cambio de régimen en España. Cuando hechos de esta naturaleza política se cumplen, el suelo tiembla como en la Francia de 1789. En España, sin embargo, a pesar de sus ocho años de dictadura, el cambio de régimen no determina un solo episodio sangriento. Se abren francas las carreteras para que pueda salir el Rey; se disponen ferrocarriles para la Reina y los príncipes caídos, que abandonan el palacio con el respeto silencioso del pueblo; las juventudes socialistas y republicanas se adornan con un brazal rojo y se convierten en garantía de orden. No se ajusticia a una sola persona. No se derriba un solo edificio. No se incendia un solo templo. España aparece ante el mundo como un pueblo ejemplar.

“¿Cómo responden las derechas? Conspirando tan pronto se les escapa el susto del alma; desencadenando el movimiento del 10 de agosto; haciendo una brutal campaña demagógica contra las izquierdas. En noviembre de 1933 triunfan en las elecciones. La democracia les brindaba una nueva posibilidad de atención a los problemas económicos, de respeto al nuevo sentido social. Nada de ello hicieron; provocaron las iras; estimularon el desorden; sintieron la furia de la represión, hasta caer en febrero de 1936, dentro de la ley y como era de ley.

“Pudo ser este nuevo período de gobierno de las izquierdas una acción reactiva en respuesta a la agresión permanente de las derechas. No ha sido así. Las fuerzas obreras, disciplinadas, comprensivas, permitieron que los republicanos se dispusieran nuevamente a la edificación de la República. ¿Qué han hecho las derechas? El desencadenamiento de la guerra, de una guerra sin par en la historia de España. No se ha dado nunca, con igual obstinación cerril, el espectáculo de una clase cerrándose delibera-

damente sus caminos salvadores, cortándolos sobre una sima y despeñándose por ella”.

El Liberal, A B C, Ahora, Mundo Obrero, Heraldo de Madrid, Estampa, Informaciones, todos los diarios y semanarios de la capital, en suma, vibran de patriotismo y de fe. Tienen seguridad de que ya no es posible retroceder porque la historia no se detiene. Y conforme avanzan los días y aumenta el derramamiento de sangre, se hace más profunda la división entre las castas que gozaban de todos los privilegios y entre los explotados que se debatían en la miseria.

¡La reacción y la transformación social frente a frente! ¡La vieja y la nueva sociedad empeñadas en un combate que será decisivo! ¡Mitrás, capitalistas, aristócratas, galones y mercenarios extranjeros contra la pujanza libertaria de los oprimidos! ¡El pasado y el porvenir en el campo de batalla, porque quiso lo pretérito que su ayer apagara la luz de lo presente!

CONSAGRACION DE LA UTILIDAD

No hay remedio. La guerra civil está engendrando un gran movimiento revolucionario, una revolución auténtica en España. El clamor de la opinión pública, recogido en los periódicos, es evidente. Se aboga por la aplicación del artículo 44 constitucional a todas las Bastillas económicas de la caverna, “sin olvidarse de la plutocracia eclesiástica, cuyos bienes muebles e inmuebles deben pasar al Estado”.

Editorialmente reproducen las hojas de publicidad el sentimiento de la calle: “Es necesario impedir, como lo está haciendo el Frente Popular, los incendios de iglesias y de conventos. Hay que incautarse de ellos y destinarlos a servicios públicos, o hay que entregarlos a las organizaciones sindicales. Es verdad que muchos bienes de la iglesia están a nombre de personas interpuestas o de testaferros bancarios. Hay que descubrirlos y expropiarlos definitivamente. Hay que buscar en las cuentas misteriosas de algunos bancos que todos conocemos, sin consideraciones que ya no tienen razón de ser, a esos Janos, a esos hombres de dos caras que con una de ellas fingen fidelidad a la República y con la otra guiñan amistosamente el ojo al capital jesuítico.

“En Madrid existen varias instituciones bancarias financiadas

por el alto clero, y una de ellas notoriamente constituida con capital ignaciano; es decir, con capital ultrafascista. Sorprende que a estas horas y a estas alturas el Gobierno no les aplique la ley. Si así no se hace, la sangre que generosamente está derramando el pueblo español habrá caído en tierra estéril y la victoria será ficticia. Dejar intacto el poder económico de la organización monárquico-católico-fascista, es traicionar al pueblo que está dando heroicamente su vida por la causa de la República”.

* * *

Este pensamiento colectivo que se respira en España, como consecuencia del ataque de los reaccionarios contra el pueblo, como consecuencia de la invasión fascista, se puede resumir en una frase: consagración de la utilidad.

“Todo lo que no sea útil es puniblemente superfluo —comenta *El Liberal*—. El casino, además, es una insolencia histórica. Como vayan aumentando los ateneos, parece justo que terminen los clubs de señoritos. Bibliotecas, salones de conferencias, casas del pueblo, hospitales, sanatorios, confederaciones, sindicatos, locales de unificación democrática; para todo eso han de ser utilizados los casinos y los palacios. El casino y el palacio pudieron ser, en otro tiempo, símbolo de fastuosidad cortesana. Mas la corte es pueblo a estas horas, y la fastuosidad del pueblo está en la grandeza del esfuerzo colectivo”.

Sentimiento tan unánime, esa transformación psicológica del explotado español, pondrá sin duda en zozobra a los que se dicen defensores de la cultura occidental. Pero es explicable la reacción de un pueblo que está derramando su sangre para vencer a sus brutales enemigos. Y se justifican, por consiguiente, las incautaciones de propiedades que no eran útiles sino superfluas desde el punto de vista social.

¿Cómo acabar, de otra manera, con la dictadura de las minorías privilegiadas? ¿Cómo disminuir su poder incontrastable, si poseen casi toda la riqueza del país? El instinto popular no se equivoca. ¡A los grandes terratenientes, a los banqueros que son amos y señores de las finanzas, a los aristócratas y a los dignatarios de la Iglesia que atesoran millones, hay que dominarlos en el frente

económico! De lo contrario su aplastamiento, en los campos de batalla, sólo sería un engañoso triunfo a medias.

COMIENZAN LAS INCAUTACIONES

¡Manos a la obra! Ha escrito un sagaz observador que los casinos de Madrid le hacían el efecto de escaparates con las vitrinas abiertas. En lugar de jamones y de maniqués, gruesos señores arrellanados en cómodas butacas a la vista del público. “Pero eso se acaba”, porque no están los ánimos para que sigan allí exhibiéndose los aristócratas desocupados, quienes confunden a la patria con sus títulos y con sus bienes. ¡Manos a la obra!

Los más lujosos casinos madrileños se han convertido en hospitales de sangre: médicos y enfermeras, inyecciones y aparatos quirúrgicos, en lugar de copas de coñac y de pavos trufados.

El palacio que ocupaba la difunta Isabel de Borbón está sirviendo de guardería infantil, en donde se atiende maternalmente a un gran número de niños cuyos padres pelean en la Sierra.

El suntuosísimo teatro del Marqués de Fontalba, y otros amplios salones de espectáculos, han sido transformados en teatros populares.

El palacio de la Marquesa de Adanero es actualmente la casa de los campesinos, en el propio centro de la ciudad.

En diez conventos se alojan tres mil quinientos huerfanitos, al cuidado de cuatrocientos maestros y maestras que los educan y distraen.

La residencia de don Martín González del Valle, Marqués de la Vega de Anzo, aloja a la Federación Universitaria Hispanoamericana.

Cultura Popular se ha instalado en una de las fincas de la Condesa de Revillagigedo.

En donde vivió y daba sus fiestas la Duquesa de San Carlos, celebra sus reuniones la Unión Federal de Estudiantes.

En un cómodo castillo de la calle del Marqués de Duero, entre cuadros que sus dueños no apreciaban y entre libros que no leían, tienen lugar las asambleas de la Alianza de Intelectuales para Defensa de la Cultura.

Y así las empresas periodísticas, al servicio del pueblo, ya

no podrán llenar las columnas de diarios y de revistas defendiendo a los detentadores.

Y así grandes edificios abandonados, cuyos dueños vivían de sus rentas en el exterior.

Y así los automóviles que, sin excepción, se emplean para ganar la guerra.

Y así los restoranes de los plutócratas, en donde se da preferencia a los humildes trabajadores que pelean por la libertad y por la democracia.

Y así la Gran Peña, el Círculo de la Unión Mercantil, el palacio de los duques de Medinacelli, el del Duque de Fernán Núñez, la residencia de Lerroux, el Colegio de Abogados y el Colegio Oficial de Médicos, en donde prevalecía el elemento reaccionario.

Y así, en resumen, muchos otros edificios y palacios que no prestaban servicio social alguno: el de Bailén, el de la Marquesa de Viana, el de Juan March, el del Conde de Revilla, el de Bellas Artes, el del Duque de Alba, "aquel ilustre prócer que ignoraba quién era don Ramón María del Valle Inclán".

* * *

Es indispensable al mismo tiempo, proclaman los escritores públicos más autorizados, depurar el servicio diplomático, depurar el magisterio, depurar las oficinas gubernamentales en las que siguen todavía, taimadamente guarecidos, miles de funcionarios monárquicos y fascistas que en cualquier momento traicionarán a la República.

El Gobierno no puede oponerse a la voz realista de los combatientes, cuando hasta el Conde de Romanones, don Alvaro de Figueroa y Torres, ha escrito en diarios franceses: "A los sublevados contra el pueblo español, en las mayores condiciones de iniquidad, es necesario aplicarles íntegramente el Código de Justicia Militar. Y quienes les apoyan y financian deben purgar también el grave delito que cometen contra la patria".

Como en diciendo y haciendo, el señor Conde de Romanones ha ofrecido espontáneamente al Gobierno la vieja finca de su propiedad, Puerto de San Fernando, los periódicos le aconsejan que devuelva a sus legítimos dueños los demás bienes detentados que ha podido acumular en gran escala.

En el Ministerio de Instrucción Pública empiezan a higienizarse sus departamentos, sobre todo en la sección universitaria. En Relaciones Exteriores quedan cesados varios diplomáticos, quienes estaban soñando con la reinstalación de los Borbones en el poder. Se dan las gracias por sus servicios — ¡y se les jubila! — a numerosos jueces y magistrados que siempre fallaron en perjuicio de los desposeídos.

En lo económico, a reserva de dar cuenta en su día a las Cortes, se dispone la rebaja del cincuenta por ciento en alquileres mensuales inferiores a 201 pesetas; se concede una moratoria para satisfacer las mensualidades atrasadas; se decreta intervenir las explotaciones mineras; se establece una ordenación de la energía eléctrica; y el Consejo de Ministros, después de mucho meditarlo, acuerda incautarse de la Compañía Trasatlántica, como ya se había hecho con la Transmediterránea, perteneciente al contrabandista Juan March, financiador principal de los generales insurrectos.

Todo esto se hace dentro de la ley, aplicando el artículo 44 de la Constitución. Y allí donde el Gobierno no procede, las organizaciones obreras toman la ofensiva contra las demás fortalezas económicas de los facciosos, sin olvidar a la plutocracia eclesiástica con valores y propiedades que suman miles de millones de pesetas.

De todo lo expropiado se hacen inventarios rigurosos. Las obras de arte quedan bajo la vigilancia de una junta nombrada por el Ministerio de Instrucción Pública. Los inmensos valores en efectivo, bonos, joyas, objetos de oro y plata, van directamente a la Caja de Reparaciones para proseguir la lucha contra sus antiguos propietarios, cómplices del cuartelazo.

Ni una sola peseta se queda entre las manos de incautadores lealmente revolucionarios. Quien pretendiera dejársela sería expulsado del sindicato a que pertenece y sometido a severísima sanción. ¡Así proceden los "rojos" españoles, a quienes la propaganda reaccionaria no tiene escrúpulo en señalar con los más feroces adjetivos!

LOS INTELECTUALES RESPALDAN EL MOVIMIENTO POPULAR

¡Claro! Con estas cosas se han de llevar dedos y uñas a la

cabeza los defensores de la "civilización", adornada con botas militares y con charreteras. En nuestros países hispanoamericanos, sobre todo, pondrán cara de espanto los llamados intelectuales "puros". Aquéllos, en otras palabras, que por defender altos postulados de cultura estomacal, han ido del brazo de los Juan Vicente Gómez, los Machado, los Victoriano Huerta, los Sánchez Cerro y demás occidentalistas de machete.

Acá en España, por el contrario, no se asustan de lo que ocurre espíritus tan selectos como Albornoz, de los Ríos, Zozaya, Menéndez Pidal, Antonio Machado, Benavente, Juan Ramón Jiménez, Luis Araquistáin, Ossorio y Gallardo, León Felipe, Diez Canedo, Juan de la Encina, Antonio Marichalar, Jiménez de Asúa, Ortega y Gasset, Teófilo Hernando, Julio Alvarez del Vayo, Gonzalo Lafora, Pío del Río Hortega, María Zambrano, José Bergamín, Gómez de la Serna, Fernández Montesinos, María Teresa León, Alberti, Sender, catedráticos, abogados, médicos ilustres, hombres que por lo menos son tan cultos como los que tienen en nuestras repúblicas el monopolio del pensamiento, del arte, de las condecoraciones y de los presupuestos oficiales.

Y no se asustan los grandes valores de la España legítima, por lo mismo que son intelectuales, hombres de estudio, capacitados para sentir y comprender la tremenda realidad de su patria invadida. Porque saben que el derecho de propiedad está sujeto a formas históricas de evolución. Porque ven de un lado al clero, a militares, a privilegiados y señoritos que se acogen a lo que llaman fascismo los cavernícolas, sin ser fascistas, para mantener sus ocios y su preponderancia; y de la otra parte a los obreros, a la clase media, al pequeño industrial, a los profesionales laboriosos, "a las apretadas masas de trabajadores", para usar sus propios términos.

El manifiesto que dan a la publicidad en los periódicos de Madrid y de Barcelona lo dice todo en pocas líneas: "Los firmantes declaramos que ante la contienda que se está ventilando en España, estamos al lado del Gobierno, de la República y del pueblo que, con heroísmo ejemplar, lucha por sus libertades". Es de advertir que muchos de estos científicos, poetas, maestros, artistas, escritores, alejados de la política, no pertenecen al Frente Popular.

Los intelectuales se ponen, pues, al lado del pueblo, ya que es contra el pueblo que está empeñada la acción del pretorianismo. Las incautaciones de ahora, en perjuicio de minorías parasitarias, son en todo caso menos crueles que los métodos de expropiación capitalista y que los métodos de expropiación feudal, de los cuales están llenas las páginas de la historia, en Europa, en América, en la misma España.

Bastará citar un solo caso: la expulsión de los moriscos durante el reinado de Felipe III. "Dicha expulsión —escribe el historiador don Rafael Ballester— fué patrocinada por el Duque de Lerma y el Arzobispo de Valencia, fray Juan de Ribera, quedando resuelta en 1602; pero no se efectuó hasta 1609. Publicóse el edicto después de haberse tomado, con todo sigilo, las medidas militares necesarias para evitar una insurrección.

"Disponíase, bajo pena de muerte, que a los tres días de publicado el bando todos los moriscos saliesen de sus casas, para ser transportados a Berbería, autorizándoles para llevar consigo solamente los bienes muebles que pudieran conducir. Por lo que toca a los bienes raíces, fueron confiscados sin excepción.

"Hubo resistencias armadas por parte de los moriscos y horribles vejaciones, no pudiendo evitarse que muchos se escondieran y que otros inmigrasen a España después de expulsados. Pocos libraron su vida, menos aún las riquezas que poseyeron. Es imposible averiguar el número de infelices hijos de España, criados a nuestro sol y alimentados en nuestros campos, que tuvieron que abandonar el territorio de la península y entregar sus tierras y sus bienes. Calcúlase en un millón el número de expulsados".

* * *

En 1936 el cuadro es diferente: se castiga en lo económico a los menos, a un grupo minoritario de culpables, en beneficio de los más. Y hasta escritor de tan reconocida mentalidad conservadora como don Angel Ossorio y Gallardo, ratifica su adhesión al manifiesto de los intelectuales con las siguientes palabras:

"El programa del Gobierno consiste en vencer al enemigo. De lo demás se hablará después. Ese "después", naturalmente, constituirá un enorme empuje de socialización. Ya el pueblo, al mismo tiempo que se bate, coloca espontáneamente los cimientos del

porvenir. Se incauta de industrias y constituye cooperativas de producción. Se incauta de la tierra y ensaya sistemas colectivistas. Un mundo nuevo alborea. Los señoritos, incomprensivos y holgazanes, que nos llamaban bolcheviques a los demócratas cristianos, están servidos. No se sorprenda nadie de las consecuencias. Los rentistas, la aristocracia, el clero y el ejército no mueren a mano airada. Se han suicidado”.

Firma también el manifiesto el doctor Gregorio Marañón. Y sin que nadie se lo pida, por su propia voluntad, habla desde Madrid por radio a las naciones de América. Está profundamente emocionado por la transformación social de España. (Después se ha vuelto contra la democracia, no importa que sus palabras hubiesen sido escritas y leídas desde el micrófono “con el mayor entusiasmo”. Por eso me refiero a ellas de preferencia.) Marañón dice cosas como éstas:

“A la vez que los hospitales de sangre, donde una legión de mujeres y de hombres se ocupan del herido en el campo de batalla; junto a las organizaciones destinadas al abastecimiento de la población civil y al cuidado de los niños, empiezan a surgir institutos de carácter permanente que marcan ya el sentido humanitario y cultural de la paz futura. Quiero hablaros, sólo como ejemplo, del Parque Infantil y Hogar Escuela que se está instalando en la famosa Alameda de Osuna, en las próximas cercanías de Madrid. Un grupo de hombres entusiastas: Bergamín, Ugarte, el poeta Rafael Alberti, Planelles, Arrillaga, Sánchez Arcas, Martín Domingo, transformarán aquel palacio y sus bosques y jardines en albergue para mil niños y en Universidad, de manera que cuando lo abandonen sean hombres y mujeres dueños de su suerte.

“No sería capaz de hacer reflexiones sobre el destino que tuvieron y que tienen ahora estos palacios. Pensemos generosamente que los creó una modalidad de la civilización humana que hacía posible la existencia de tantas desigualdades, pero que nos ha legado esta posibilidad de utilizarlos en bien de todos. Yo creo que desde que existió esta mansión, símbolo de tantas cosas, estaba destinada a ser un día refugio de niños y escuela de sus mentes, antes condenadas a perderse en la ignorancia. Es, pues, este proyecto, que se empieza a convertir en realidad dichosa, como una promesa de la intención de paz, de generosidad, de noble orientación ha-

cia una mejor justicia que en lo material y en lo espiritual, detrás de la guerra, brota en la República”.

* * *

Después de oír y de abrazar al inspirado especialista en todo lo que se refiere a glándulas de secreción interna y a complejos sexuales, comenta un escritor: “Quisiéramos grabar en la inteligencia y en el corazón de los trabajadores, en los de base y en los líderes, la seguridad de que no hemos salido a la calle para cosas pequeñas”. Y agrega:

“De siglos viene siendo España la nación en que todo se hace a medias. De siglos es nuestro país el de los problemas crónicos. Nuestras constantes guerras civiles se eternizaron, no llegando a resolverse nunca en una crisis salvadora. Nos vimos envueltos en guerras coloniales, que fueron como una sangría constante de nuestra vitalidad. Los grandes burgueses no destruyeron al feudalismo sino que se entroncaron con él, sin dar cima a su misión histórica.

“Que nadie piense en hacer también ahora las cosas a medias; que nadie se conforme con un pequeño avance. Es preciso cubrir toda la etapa, sin desmayos ni vacilaciones. España tiene que realizar urgentemente la obra que no realizó en un siglo. Transformar las condiciones de producción y de vida en el campo. Crear un mercado interior capaz de sostener una potente industria en las ciudades. Acabar con el paro forzoso de los trabajadores y acabar con la ociosidad de los señoritos. Liquidar el analfabetismo. Establecer organizaciones técnicas a la altura de los tiempos modernos. Renovar, en una palabra, toda su vida.

“En diez años hemos de colocarnos a la par de la nación más adelantada. En diez años ha de cambiar la mentalidad y tendrán que mejorar las condiciones de vida de todos los españoles. En esta contienda cada trabajador de la península es un forjador de grandezas. Se acabaron prejuicios, tópicos de mentalidad añeja, lugares comunes, poquiterismos y pobretería. Nos han salido alas para volar muy alto”.

* Pocos días antes, al incautarse del palacio de la Marquesa de Adanero la Federación Española de Trabajadores de la Tierra— y reproduzco lo esencial para que los lectores puedan captar el

espíritu de la gloriosa transformación social que se opera en España—, comentaba el *A B C* republicano:

“Ya tienen los campesinos casa en Madrid. Nadie con más derecho que ellos puede afirmar que aquella lujosa residencia es suya. Con el fruto de la tierra, fecundada por labriegos durante varias generaciones, se pudo levantar la señorial mansión. Sus propietarios figuran entre los mayores terratenientes de España. Las obras de arte, los magníficos tapices, las fastuosas habitaciones: todo, todo lo han sudado los campesinos que malvivían, entretanto, en chozas miserables”.

Y en medio de la lucha, entre “paqueos” y cañonazos, entre muertos y gritos de dolor, voces de serenidad y de esperanza. Dice el *Heraldo de Madrid*: “Cuando logre sanar de las heridas que le están infiriendo las navajas alevosas de la traición fascista, España será un país donde la felonía y el crimen tengan imposible acomodo; un país donde el trabajo asuma los mejores blasones; un país donde el ejército, nacido de las entrañas del pueblo, sea leal guardián y defensor heroico de ese pueblo que le dió vida; un país donde el estudio y la cultura puedan ser patrimonio de los trabajadores, y no coto exclusivista de señoritos jaraneros; un país donde la tierra segada durante siglos con sudor de campesinos, asegure al que la trabaja las condiciones de existencia digna a que tiene derecho; un país, en fin, donde el progreso, la libertad y la justicia tengan asiento incommovible.

“Y todo eso lo será España porque las masas proletarias, las organizaciones sindicales, los partidos políticos, la pequeña burguesía, el arte, la ciencia; todo, en suma, cuanto de sano, de generoso, de vital cuenta en los anhelos ciudadanos, auna sus esfuerzos para conseguirlo. Desechen sus recelos los pesimistas. Sobre España, sobre el porvenir de España, se tiende un arco iris de ventura. Se tiende, gloriosamente, una era de auténtica república democrática”.

¡ARRIBA MARCH!, CON BENDICIONES, MEDALLAS Y ESCAPULARIOS

Mientras esto piensan y escriben los periodistas y los hombres de vanguardia, se publica una carta del ex Rey Alfonso para don Ramón Alberola, en la que dice: “Adelante con el movimiento. No respetéis nada. El triunfo es nuestro. Para todo lo que

sea necesario me tenéis a vuestra disposición”.

Y un mensaje de Tánger, que retransmite Londres: “Bajo la amenaza de fusilamiento, a mano armada, la colonia hebrea de Tetúan ha tenido que entregar al General Francisco Franco (el hoy llamado Generalísimo) 900 mil pesetas. El citado militar comunica a su compañero Mola, jefe de la sublevación en Burgos, que Gil Robles dispone en Lisboa de dos millones de pesetas para el movimiento. Parte de ese dinero es contribución de la Compañía de Jesús y parte de Juan March”.

Ya tenemos allí a Juan March, entre sotanas, agua bendita, medallas y escapularios. ¡Arriba March!, dirán los padres jesuitas, y los miembros de Falange, y las beatas rezadoras, y los prelados de España. ¡Arriba March!.. ¿Pero quién es este hombre, a quien uno de sus críticos ha llamado “el último pirata del Mediterráneo”?

Según *El Diluvio* de Barcelona, esta figura siniestra del movimiento faccioso, arbitrador de los recursos pecuniarios que se han necesitado para el cuartelazo, “fué en sus mocedades tripulante de las barcas mallorquinas que se dedicaban al contrabando de tabaco entre la costa africana y España. Hombre sin escrúpulos, con el apoyo de unos cuantos facinerosos logró convertirse en el jefe de una flotilla de lanchas de vapor que, al verse perseguidas, enarbolaban bandera inglesa para burlar la acción de las autoridades españolas.

“Entonces tenía March a Emiliano Iglesias como agente y abogado defensor en Barcelona, y al político Lerroux como representante suyo en Madrid. En las playas de Cataluña hizo el afortunado contrabandista mallorquín numerosos alijos de tabaco que le valieron varios millones de pesetas. Primo de Rivera, al proclamarse dictador, pareció decidido a perseguirlo; pero como March era concesionario del monopolio de tabaco en el Africa española, y como estaba interesado en importantes negocios en toda la península, pronto se entendieron dictadura y contrabandista, quien siguió gozando del mismo favor oficial que antes.

“Proclamada la República se eclipsó la buena estrella de March. En las Cortes Constituyentes quedó hecho un guiñapo y se le redujo después a prisión, de la que pudo evadirse con la complicidad de falsos amigos del Gobierno republicano. Permaneció

March en el extranjero hasta después de las elecciones legislativas de 1933 que dieron el triunfo, por el amaño, la coacción y todo género de trapacerías, al amontonamiento de las derechas con el lerrouxismo. El dinero de March se utilizó en abundancia para falsear la voluntad del pueblo en aquel simulacro de elecciones, del que se derivaron daños tan enormes para España.

“Diputado, naviero, árbitro de las finanzas, de los monopolios y de las más productivas industrias, volvió a ser March el amo de la nación española. Lerroux, Gil Robles y sus partidarios tuvieronle como el más valioso de sus colaboradores. Contaban con la bolsa del gran contrabandista para desprestigiar y derribar republicanismo y democracia.

“Cambió por completo la situación política de España con la caída del bloque radical derechista. No podría ya March proseguir perpetrando impunemente sus enormes latrocinios. Un gran fraude descubierto en la contabilidad de la Compañía Naviera Transmediterránea, fraude contra el Estado, puede decirse que a él y a sus cómplices los tenía en los umbrales del presidio. ¡Y estalla entonces la rebelión militar!

“Días antes March había logrado escapar de España por segunda vez. De acuerdo con Lerroux y con Gil Robles, de acuerdo con algunas congregaciones eclesiásticas, cree quedar bien con su conciencia de criminal nato poniendo parte de sus talegas a disposición de los verdugos del pueblo español. Ese es Juan March, el que ha reunido los fondos necesarios para que una gavilla de desalmados, con uniforme de generales, se complazca viendo cómo la sangre española corre abundantemente por el suelo patrio”.

Los obispos, sin embargo, le bendicen. Los aristócratas, los militares, los señoritos, la caverna toda de España, lo considera su mejor aliado. Para estas gentes vale más Juan March que los hombres más puros, más respetables, más sabios y moderados de la República Española.

A los defensores de la dignidad humana les seguirán llamando “monstruos rojos”. Al contrabandista en cambio, con la mano en alto al estilo de Roma o de Berlín, le han de saludar con su grito de guerra: ¡Arriba España! Que es como decir ¡Arriba March!, pero con bendiciones, medallas y escapularios.



M de la + 1938.

CAPITULO QUINTO

Intensa campaña fascista contra la democracia española

LOS REACCIONARIOS AGITAN EL FANTASMA COMUNISTA

EL ATAQUE de la caverna al pueblo español, a sus aspiraciones, a su mejoramiento, no podía venir solo. Lo acompaña una intensa propaganda de los fascistas internacionales contra lo que llaman comunismo sus agencias de publicidad.

¡Y esa campaña, que tiene por objeto llenar de terror a los incautos, se hace precisamente cuando Stalin recoge velas; cuando el Soviet ha entrado de lleno en una era democrática; cuando Rusia se dedica a construir el socialismo dentro de sus fronteras, evitando así toda clase de conflictos con las demás naciones; cuando Trotsky y sus compañeros de la Cuarta Internacional atacan por localista al régimen soviético!

Más eficaz que el apoyo bélico, que los tanques y que los cañones de Italia y de Alemania, es posiblemente la bien organizada labor de publicidad que hacen esas potencias contra el Gobierno español. Mensajes difamatorios por medio de sus agencias cablegráficas y periodísticas. Micrófonos trabajando día y noche en favor de las tizonas. Empleo constante de la procacidad y de la calumnia contra el Frente Popular.

¡Hordas rojas! ¡Invasión asiática! ¡Barbarie comunista! ¡Canalla rusa! ¡Aniquilamiento de la civilización occidental! De todo eso hablan y escriben, simulando pavor y por otro lado guiñando un ojo, los sicofantes a sueldo de las dictaduras que se cobijan con el nombre de fascismo. Así tratan de impresionar los totalitarios europeos a los pobres de espíritu, que tanto abundan por desgracia en el planeta.

* * *

“¿Contra el comunismo?” —pregunta don Marcelino Domingo—. Y contesta: “No. El comunismo no está en el poder; no está tampoco pidiendo el poder en la calle. El poder lo integran insti-

tuciones liberales y democráticas constituídas, dentro de la ley, en república. Cuando contra ese poder legal se ha producido el alzamiento militar, al lado del poder legal, para defenderlo, se han puesto los comunistas. Sí. Pero también los socialistas. Y los sindicalistas. Y los republicanos de izquierda. Y los de unión. Y los federales. Y el pueblo entero, sin distinción de matices proletarios o de doctrinas sociales. Y los valores de más alta jerarquía y de más profundo apartamiento de toda agrupación política.

“Los comunistas no han hablado ni están hablando de comunismo. Se ha hablado por todos de la legalidad republicana, del derecho, de la democracia, de la libertad. No. El impulso popular en apoyo del Estado no ha sido para instaurar el comunismo, sino para impedir que se instaure el despotismo”.

Don Angel Ossorio, católico y monárquico: “Los que en España atacan a la República dicen que quieren librarla del comunismo. Los que desde el exterior auxilian a los rebeldes, proclaman que su único fin es impedir la implantación del comunismo en Occidente. Los egoístas se disculpan porque temen más al comunismo que al fascismo. Pero la obsesión del comunismo es una simple patraña.

“Nadie puede creer en la alarma de los españoles facciosos, que fingen espantarse del comunismo. ¿Se sublevaron, acaso, contra un gobierno comunista el 18 de julio? Bien sabemos que no. El Gobierno de entonces era estrictamente republicano, exclusivamente burgués. La guerra infame que ahora está destrozando a España, no se debe a otra cosa sino al temor de que pudiera realizarse un débil adelanto en el orden social. Esto es lo que los sublevados quieren evitar.

Don Manuel Azaña: “Oigo decir por propagandas interesadas que nos estamos batiendo por el comunismo. Es una enorme tontería, si no fuese una maldad. Si nos batiésemos por el comunismo, sólo estarían batiéndose los comunistas; si nos batiésemos por el sindicalismo, se estarían batiendo sólo los sindicalistas; si nos batiésemos por el republicanismo de izquierda o de centro o de derecha, se estarían batiendo los republicanos. No es eso. Nos batimos todos: el obrero y el intelectual, el profesor y el burgués (que también los burgueses se baten) y los sindicatos, y los partidos políticos, y todos los españoles que están agrupados bajo la

bandera republicana. Nos batimos por la libertad y por la independencia de nuestra patria". (Discurso del Presidente Azaña en el Ayuntamiento de Valencia, 21 de enero de 1937.)

*
* *

No me parece necesario reforzar las palabras transcritas, reflejo puro de la realidad, con tantas otras como se han dicho y escrito en relación con el desacreditado tema del "peligro rojo". La estadística informa mejor que la más enconada propaganda de adjetivos. Y la estadística demuestra que el 18 de julio de 1936, en una Cámara de 473 diputados, sólo había 14 actas comunistas. Y de paso también se advierte, revisando el resultado de las elecciones del 16 de febrero de 1936, que en esas Cortes de casi quinientos diputados solamente había DOS actas nacionalistas; es decir, DOS diputados del grupo más pequeño de España, que ahora pretende negar legitimidad al Gobierno republicano y constituirse en representante único y verdadero del sentimiento popular.

NI SOCIALISTAS NI COMUNISTAS EN EL GOBIERNO

Como los invasores extranjeros y sus cómplices del interior con ferretería en el pecho, títulos en marco o mitras en la cabeza continúan esgrimiento todas sus armas contra el Gobierno español, e insisten en afirmar que la rebelión estalló para vencer al comunismo, trato de constatar hasta dónde ha sido de extrema izquierda el régimen republicano. Ya se dijo antes que no había en el Gabinete un solo ministro socialista ni un solo ministro comunista. He aquí quiénes lo formaban desde febrero hasta el propio día del cuartelazo:

Santiago Casares Quiroga, Presidente del Consejo de Ministros y Ministro de la Guerra, Izquierda Republicana.

Augusto Barcia Trelles, Ministro de Estado, Izquierda Republicana.

Enrique Ramos, Ministro de Hacienda, Izquierda Republicana.

José Giral, Ministro de Marina, Izquierda Republicana.

Mariano Ruiz Funes, Ministro de Agricultura, Izquierda Republicana.

Francisco Barnés, Ministro de Instrucción Pública, Izquierda Republicana.

Juan Moles Ormella, Ministro de Gobernación, Republicano Independiente.

Luis Alvarez Buylla, Ministro de Trabajo, Unión Republicana.
Bernardo Giner de los Ríos, Ministro de Comunicaciones, Unión Republicana.
Antonio Lara, Ministro de Obras Públicas, Unión Republicana.
Manuel Blasco Garzón, Ministro de Justicia, Unión Republicana.
Juan Lluhi Vallescá, Ministro de Comercio, Esquerra Catalana.

Se podría creer, entonces, que al echarse los militares sobre el Gobierno y sobre el pueblo, se formó un Gabinete con representación de las organizaciones proletarias enfrentadas en la calle contra los facciosos. Pues tampoco aparecían socialistas ni comunistas en el nuevo Ministerio, presidido por don José Giral, como no los hubo en el de Martínez Barrio que duró muy pocas horas. Los partidos de izquierda no pedían nada, no reclamaban puestos ni tenían interés en ventajas ni en honores personales. Todo lo estaban ofreciendo y todo lo estaban sacrificando por defender a la República y acabar con el fascismo. Así quedó formado el Gabinete del 20 de julio:

José Giral, Presidente del Consejo de Ministros y Ministro de Marina, Izquierda Republicana.
Augusto Barcia Trelles, Ministro de Estado, Izquierda Republicana.
Enrique Ramos, Ministro de Hacienda, Izquierda Republicana.
General Hernández Sarabia, Ministro de la Guerra, Izquierda Republicana.
Francisco Barnés, Ministro de Instrucción Pública, Izquierda Republicana.
Mariano Ruiz Funes, Ministro de Agricultura, Izquierda Republicana.
Sebastián Pozas, Ministro de Gobernación, Republicano Independiente.
Luis Alvarez Buylla, Ministro de Trabajo, Unión Republicana.
Bernardo Giner de los Ríos, Ministro de Comunicaciones, Unión Republicana.
Julio Just, Ministro de Obras Públicas, Izquierda Republicana.
Manuel Blasco Garzón, Ministro de Justicia, Unión Republicana.
Juan Lluhi Vallescá, Ministro de Comercio, Esquerra Catalana.

*
* *

¡Republicanos todos! Insistirán en su campaña los fascistas, afirmando que se preparaba un movimiento revolucionario de los

rojos, organizado en Moscou. Y aún dirán que ya los comunistas tenían armas y dinero de Rusia para desatar en el país "la hecatombe proletaria".

¿Contra quién se iban a sublevar los comunistas si el Frente Popular, del cual formaban y forman parte, daba apoyo unánime al Gobierno? ¿Contra ellos mismos? Sería absurdo sospecharlo. Pero si alguien afirmase que los comunistas fraguaban ellos solos la revolución contra el señor Azaña y sus ministros demócratas y liberales, a ese alguien habría que contestarle que precisamente, y no para otra cosa sino para defender al régimen constitucional, estaba el ejército de la República. Y habría que decirle, además, que no hay razón entonces para calificar de monstruos rojos a los que iban a ser combatidos "por órdenes de Stalin".

Los hechos, afortunadamente, son de tal elocuencia que acaban con divagaciones y con propagandas que no se basan en la verdad ni mucho menos en en la lógica. Los hechos, lo que yo he visto, lo que han visto y palpado cuantos hemos tenido la oportunidad dolorosa pero providencial de asistir a la tragedia española, proclaman por sí mismos que el pueblo, que los trabajadores, que los comunistas han carecido de armas, teniendo que tomarlas a pecho descubierto en las guarniciones, heroicamente conquistadas.

¿En dónde están, pues, los arsenales de guerra enviados por el Soviet, que no tenía siquiera Embajador en la República Española, y cuya ideología difiere ostensiblemente de la que predicán sindicatos obreros de tanto poder e importancia como la Confederación Nacional del Trabajo, extendida por toda la península?

Más adelante, al cabo de once meses de invasión, cuando se trataba por enésima vez en la Sociedad de las Naciones el problema de España, con el Libro Blanco en el cual se demuestra la complicidad de Italia y de Alemania en favor de los facciosos, declaró el representante de la Unión Soviética: "Nosotros, como Estado, no sentimos gran interés por el sistema existente en España, con la que al estallar la rebelión no teníamos siquiera relaciones diplomáticas o consulares. No había, por lo demás, un solo ciudadano del Soviet en España". (Discurso de Litvinov en la Liga de las Naciones, publicado el 20 de junio de 1937 en los principales diarios europeos y americanos.)

MUCHO ANTES DEL CUARTELAZO GIL ROBLES Y SANJURJO
SE ENTENDIAN CON ITALIA Y ALEMANIA

No. La "patraña del comunismo" ha venido a confirmarse que es más bien un enorme movimiento de las potencias fascistas, en connivencia con la reacción española. Lo están demostrando la actitud de Italia, la actitud de Alemania y la actitud de Portugal. Lo están demostrando las concentraciones de "voluntarios" de esos países, quienes llegan a reforzar constantemente a los militares sublevados. Lo están demostrando, en una palabra, los aeroplanos de bombardeo, los tanques, las ametralladoras, las granadas, los obuses, los cañones, todo el equipo moderno de matanza que Hitler y Mussolini envían a los facciosos.

Posteriormente han publicado algunos órganos de la prensa mundial, aquella prensa insospechable por su seriedad y por el prestigio de sus colaboradores, estudios contundentes que harán sonreír a nuestros hijos y a nuestros nietos por la ingenuidad de sus antepasados; la ingenuidad de los que, efectivamente, han tomado en serio el mito o pretexto comunista. Entre tantos papeles, documentos y recortes como tengo a la mano, conceptúo que los datos del *Current History Magazine*, con la firma de Ludwig Lore, son de importancia manifiesta.

Asegura el notable publicista que el entendimiento de Alemania, Italia y Portugal, con los militares españoles, era muy anterior al 18 de julio de 1936, fecha en la cual lanzaron su ofensiva contra el Gobierno legítimo de España. Con detalles precisos se refiere el señor Lore a las actividades de algunos miembros del ejército alemán, entre ellos el Almirante Canaris, de la marina nazi. Canaris había hecho varios viajes a España y conferenció repetidas veces con el millonario Juan March, con el General Mola y con el político José María Gil Robles.

Tan recientemente como a fines de junio de 1936, tres semanas antes de la sublevación, se hicieron los últimos arreglos para la ayuda militar alemana en favor de los rebeldes. Se sabe que Gil Robles, cuando fué Ministro de la Guerra en tiempos de Lerroux, había contraído el compromiso de poner a disposición de los submarinos alemanes los puertos de su patria. Y afirma también el señor Lore en el *Current History* que los primeros arreglos con

Hitler fueron hechos por el General Sanjurjo, organizador con Franco y compañeros del levantamiento de julio.

Se publica al efecto, en la citada revista, la noticia de que Sanjurjo visitó al Fuehrer en febrero y en marzo de 1936. Estuvo a la sazón en varias fábricas de armas e hizo fuertes pedidos de material de guerra de todas clases. Refrendó estos pedidos Gil Robles, como garante político, y Juan March como fiador financiero. Ya estallado el golpe militar, cotejando cuidadosamente cablegramas y correspondencias de ambas partes, comprueba el señor Lore la exactitud de su información en lo que se refiere a los nazis, agregando que la ayuda italiana es tan intensa como la de Berlín; que se planeó también anticipadamente; y que Portugal ha sido la base de operaciones antiespañolas en la Península Ibérica.

Se podría complementar la información del *Current History* con documentos sensacionales, dados a la estampa por el diario parisiense *L'Oeuvre*, en los cuales hay evidencia de que el agregado político de la Embajada alemana en Madrid, Herr Schwendemann, entre el 7 de junio y el 15 de julio de 1936, mantuvo comunicación con varios núcleos de nazis. Estos nazis, distribuidos por toda la República, recibieron instrucciones de ponerse en contacto con determinados jefes de Falange Española.

Se descubren además, en esos documentos, las actividades de los agentes de la Gestapo, policía secreta del Reich, a través de toda España, incluso las Baleares, Canarias y Marruecos, territorios invadidos al mismo tiempo por agentes secretos de Mussolini.

* * *

No obstante lo difícil que resulta obtener nombres correctos, cuando se trata de espionaje, se logra averiguar lo que hacían y tramaban contra España un tal Hermann Riechling, una tal Margarita Adler y los jefes del servicio Gerard Oberlan y U. H. von Behr. Después se puede ampliar la lista con los siguientes elementos destacados en España (Marcelino Domingo, *Hechos e Ideas*, Buenos Aires):

Engen Arnold, jefe de grupo, Granada.

Eduard Baljohr, jefe de grupo, Santander.

Albert Baumeister, indicador nazi en Barcelona. Fué descubierto, pudiendo fugarse al sur de Francia.

Hermann Behn, tesorero de grupo.

Karl Burre, jefe de grupo en Bilbao.

- A. W. Claus, jefe de espionaje, encargado de las misiones secretas de la Embajada de Alemania en Madrid.
Ernst Flexk, administrador, Madrid.
W. von Freeden, jefe de grupo.
Horst Frische, provocador nazi en Barcelona. Miembro del partido.
Konrad Georgi, jefe de grupo en Oporto.
Fichsi, miembro de la S. A. Propagandista nazi en Barcelona.
Hurt Heckel, jefe de grupo en Valencia.
Karl Jehle, jefe de grupo en San Feliu de Guixols, Gerona.
Willy Keller, jefe de grupo en Alicante.
Félix Klupp, jefe de centro en La Coruña.
Anton Leistert, jefe de círculo.
Señorita Lewitt, espía nazi, corresponsal de periódicos alemanes en Barcelona.
Maraun, propagandista nazi en Barcelona.
Ernst Orth, jefe de grupo en Vigo, Galicia.
Eno Esrati von Rolland, espía de la Reichswer.
Warner Schaff, jefe de círculo.
Fritz Schubeius, jefe de grupo, conectado con Lisboa.
Eggebert Seelmann, administrador de círculo.
Artur Seiter, jefe de centro en Eibar.
Willy Soffner, administrador en Barcelona.
Klauss Stammer, jefe de centro, Melilla.
Kurt Steffin, subjefe de círculo.
Josef Stegmuller, subjefe de grupo en Zaragoza.
Margaret Stein, espía alemana en España. Fué detenida.
Anselm Stichling, jefe de grupo en Málaga.
Ehrenfried Tischner, jefe de grupo en las Islas Baleares.
Adolf Wahl, jefe de grupo en Gijón.
Walter Weidner, espía en la Asociación de Viajantes de Comercio.
Wolfgang Ziegler, jefe de centro en Marruecos.

INSTRUCCIONES DE LOS MILITARES FACCIOSOS CONTRA EL PUEBLO ESPAÑOL

Ya se ve entonces —debo insistir en este punto— que el fantasma comunista, que el peligro de una revolución organizada por los “rojos”, viene a parar en todo lo contrario: no en un fantasma ni en un peligro, no en temores ni en suposiciones, sino en una conspiración internacional del fascismo, efectiva, antihumana, antidemocrática, perfectamente organizada desde mucho tiempo antes del cuartelazo. Y esta conspiración se ha hecho realidad trágica y sangrienta, cuando el pueblo español en masa se opone a ella y defiende sus ideales y su independencia en forma emocionante.

Esta actitud heroica de hombres, mujeres, niños y ancianos no pueden tolerarla los invasores extranjeros, ni los obispos, ni los condes, ni los duques, ni las castas privilegiadas de España. Es necesario —dicen ellos— “aplastar a la chusma”. Y se inicia la era del terror.

Ya lo había dicho el General Ludendorf, en *Der Totale Krieg*, Munich 1935: “La guerra total no debe conocer la piedad, ni ahorrar nada, ni respetar nada, recordando que las armas más crueles son las más eficaces. En esa guerra la ofensiva tiene también que dirigirse, por la bomba y la propaganda, contra la voluntad y la fuerza de resistencia de la población civil. Entonces no se hiere solamente al hombre, sino también a la mujer y al niño”.

Y el General von Teysen, en *Handbuch der Neuzeitlichen Wehrwissenschaft*, Berlín 1936: “Si logramos lanzar, por ejemplo, 300 toneladas de bombas incendiarias y asfixiantes sobre los pueblos y los centros industriales del enemigo, podemos dar fin a la guerra en un mes”.

Y Oberst von Oertzen, en *Grundzuege der Wehrpolitik*, Hamburgo, 1935: “Cuando las bombas incendiarias devastan las ciudades enemigas y los habitantes de la población civil son ametrallados por los aviones, la resistencia se hace imposible. El pueblo desmoralizado exigirá el fin de las hostilidades. Esta decisión será más fácil de obtener en los países con poca o ninguna aviación militar”.

* * *

Consecuentes con estos postulados y con estos métodos de guerra —que los italianos practicaron también en Etiopía, y que los japoneses han hecho suyos al lanzarse sobre China—, empiezan los bombardeos aéreos de pueblos y de ciudades españolas, contra hospitales de sangre, contra sanatorios en la Sierra del Guadarrama, contra colegios y centros infantiles. Igual ferocidad, igual sistema de barbarie practican abajo los sables y las gomas de los facciosos, de acuerdo con las instrucciones que han recibido de sus jefes militares. Esas instrucciones, son las siguientes:

“Primera.—Para asegurar la retaguardia y aniquilar la moral del enemigo hay que infundirle terror. Con este fin, cuando nuestras columnas ocupen un núcleo de población, deberá procederse a ejecutar saludables y definitivos escarmientos en las autori-

dades que puedan ser habidas. En caso de que logren fugarse se procederá del modo expresado con aquellos de sus familiares que puedan caer prisioneros. A los hechos se procurará revestirlos de los caracteres más públicos e impresionantes, haciendo saber que se procederá del mismo modo con cualquiera que se rebele contra nosotros.

“Segunda.—Convendrá mucho requisar el efectivo metálico que se halle en los edificios oficiales y en los particulares desafectos al régimen. En ocasiones será de particular eficacia destruir los edificios, las cosechas y los ganados.

“Tercera.—En toda localidad será muy útil informarse con el cura párroco u otras personas de orden, sobre las opiniones de los vecinos más caracterizados. No debe haber ningún inconveniente en incorporar a las columnas, con categoría de oficiales o de suboficiales, según las necesidades aconsejen, a los partidarios de Falange Española. Estos elementos tendrán por misión, dada la actitud de las tropas, vigilarlas de cerca para impedir movimientos de flaqueza. En caso de manifestarse en algunas de las columnas vacilación o resistencia a las órdenes superiores, o propósitos de fuga, tanto los jefes y oficiales como los elementos civiles auxiliares deberán proceder en el acto con la máxima energía. Entiéndase que será preferible incurrir en equivocaciones que dejar que se manifieste flojedad en las tropas. De este rigor dependerá el pronto y feliz éxito de unas operaciones cuyo inmediato resultado no ofrece el menor género de dudas. Los que titubeen en cumplir esta orden serán juzgados a su vez en la forma que queda dicho.

“Cuarta.—Para los efectos de quebrantar la moral de los enemigos, en el caso poco probable de que nos ofrezcan resistencia seria, es ineludible considerar como zona de ataque todo poblado a retaguardia del frente enemigo. No importa que en los lugares a que se alude no haya fuerzas de combatientes. El pánico difundido por los vecinos que huyan producirá el efecto moral que necesitamos. Está probado que lo que más desmoraliza a una fuerza combatiente es ver que se atacan los hospitales de sangre y sus columnas de evacuación de heridos. Convendrá, por lo tanto, tener en cuenta esta enseñanza de la gran guerra.

“Quinta.—Si contra toda probabilidad Madrid nos opusiere resistencia, deberá considerarse como objetivo principal la des-

trucción de las líneas conductoras de fluído eléctrico, así como también las de conducción de agua. Esto último, en la presente época del año, será de una eficacia sorprendente.

“Sexta.—Cuando entremos en Madrid la primera medida habrá de ser la colocación de nidos de ametralladoras en las torres de las iglesias, en los conventos y en cualesquiera otros edificios que ofrezcan extenso campo de tiro. Las máquinas harán fuego sin misericordia sobre todo elemento enemigo, o simplemente sospechoso, sea del sexo que sea. Aunque no causen bajas, contribuirán a difundir el terror y a impedir reacciones ofensivas del paisanaje.

“Séptima.—(Muy importante y reservado): Los elementos de mando no harán indicación ninguna para que la fuerza convierta en “dum-dum” sus proyectiles. Se harán los desentendidos si vieren practicar dicha operación. Y para estimular a que se haga deberán manifestarse muy indignados contra el enemigo, protestando en forma violenta por los horribles destrozos que causa con el empleo de semejantes proyectiles. Con esto es de pensar que baste para obtener una victoria rápida y segura”.

AUTORIDADES, TRABAJADORES, EL POETA GARCIA LORCA
FRENTE AL PAREDON

En respuesta al crimen y a la barbarie de hombres capaces de dar semejantes instrucciones, llegan a Madrid cablegramas de Inglaterra, de Francia, de Bélgica, de Suecia, de Noruega, de Holanda, de México, del Uruguay, de Cuba, de los Estados Unidos, de la Argentina, de las más civilizadas naciones del mundo, anunciando que se hacen grandes asambleas de adhesión al pueblo español y que los obreros de América y de Europa respaldan decididamente al Frente Popular.

A la voz de los trabajadores de esos países se agrega la de los más ilustres escritores, los más respetados y famosos, los que están libres de prejuicios y de fanatismos. España, en su concepto, ha venido a ser de nuevo el campo de batalla de dos tipos de civilización: el que pregona y defiende la marcha de la humanidad hacia adelante, y el que está con el regreso del hombre a la barbarie.

Elie Faure, Romain Rolland, Jean Cassou, André Malraux, Jules Romain, Lucien Vogel, a la cabeza de doscientos intelectuales franceses, a los que se unen escritores belgas, noruegos, suecos,

holandeses e italianos y alemanes antifascistas, consideran en un manifiesto, reproducido en los periódicos a mediados de agosto, que "España está luchando por la libertad política y por la libertad económica de todos los oprimidos de la tierra".

En términos semejantes se pronuncian los escritores ingleses de mayor prestigio. Desde Londres envían un mensaje de adhesión al pueblo y al Gobierno democrático de España, mensaje que se publica en todos los diarios de Madrid el 25 de agosto de 1936. Lo firman, entre otros, H. G. Welles, Norman Angell, Gilbert Murray, Virginia Woolf, Carr Saunders, Lascelles Abercrombie, Deslile Burns, W. H. Carter, David Low, Ernest Barker, J. S. Huxley, C. Day Lewis, Shena D. Simon, Henry W. Nevinson, Leonard Wolff, Geoffrey Mander, Lord Rhondda, R. H. Tawney, Hewlett Johnson y F. M. Cornford.

* * *

Contestan a su vez los militares con nuevos avances de los sarracenos hacia la capital, con rifles y ametralladoras flamantes, telémetros, mayor número de aeroplanos, tanques y piezas de artillería que acaban de salir de las fábricas italianas y alemanas. Y el desafío a la intelectualidad mundial se hace más patente con el fusilamiento del gran poeta andaluz Federico García Lorca.

Al confirmar la noticia de haber sido ultimado este valor auténtico de la lírica y de la escena españolas, agregan los diarios que pocas horas antes había sido también ejecutado su hermano político, don Manuel Fernández Montesinos, Alcalde de Granada. Y junto con él, y frente al mismo paredón en que se sacrificó al poeta, encontraron además la muerte varios centenares de republicanos y de socialistas, por haberse opuesto a la invasión extranjera.

Así son estos militares que están destrozando a España, con el emblema de la cruz por delante y con las fuerzas rifeñas, italianas, portuguesas y nazis por detrás. Estos militares que lo ignoran todo, excepto matar. "Hasta ignoran —palabras de *Claridad*— que según esa religión por la cual dicen estar luchando, el númen del poeta encierra una chispa de luz divina. También el poeta crea de la nada. Así lo han supuesto teólogos como San Agustín y Santo Tomás de Aquino. Pero los generales no lo saben, ni lo sa-

be la Guardia Civil. Y fusilan a los poetas sin perjuicio de decir que asiste a los verdugos la Virgen del Pilar”.

* * *

Desgraciadamente para la democracia, los de la otra “cultura”, los “blancos” de la antihistoria, que por algo controlan las agencias de publicidad, desconciertan sistemáticamente a la opinión “neutra” de América y de Europa con su propaganda que, según ha declarado Goebbels, “es arma de guerra”. Sin embargo, algunos detalles de los excesos cometidos por los rebeldes se van conociendo poco a poco en las primeras semanas de invasión, relatados por corresponsales de periódicos que no están con el Soviet, que no pertenecen tampoco al grupo Berlín-Roma, y cuya imparcialidad salta pues a la vista.

“Nuestro corresponsal en Gibraltar —dice, por ejemplo, el *News Chronicle* de agosto 9— informa que las dificultades financieras con que tropiezan los sublevados desmoralizan a sus tropas en aquella región. Se dedican entonces los rebeldes a cometer toda clase de atropellos. En las paredes de las principales esquinas han fijado cartelones en los que se avisa a los habitantes que deben entregar sus joyas y todo el oro y la plata que posean, bajo pena de muerte.

“Para comprobar que el ofrecimiento de esta pena es efectivo, han fusilado a más de doscientos vecinos y disparan, sin razón ninguna, sobre toda clase de transeuntes. En las casas de los que han podido escapar entran grupos de facciosos, la mayor parte de ellos marroquíes, y se llevan cuanto encuentran. Los prisioneros y los rehenes son tratados con inaudita crueldad. En La Línea asesinaron el domingo último a más de trescientas personas de uno y otro sexo”.

El señor F. L. Kerran, candidato a diputado por Bedfordshire, Inglaterra, después de visitar durante tres semanas varios frentes, ha dicho por radio, y ha publicado en periódicos independientes de la Gran Bretaña, una relación pormenorizada de sus observaciones. El señor Kerran afirma, en síntesis:

“Los trabajadores españoles tuvieron al principio que luchar, valga la expresión, a puñetazos, contra fuerzas disciplinadas, organizadas y provistas con armamentos de primera clase. Los fac-

ciosos, desde que comenzaron la sublevación, no han sabido lo que es hacer prisioneros: todos los dirigentes de las organizaciones sindicales que han caído en su poder han sido inmediatamente fusilados.

“Sobre la actitud de la Iglesia católica en las ciudades y en los pueblos de Aragón, he descubierto que tres días antes de estallar la revuelta, de acuerdo con los militares, desaparecieron de sus curias numerosos sacerdotes en compañía de grandes terratenientes. Este detalle lo he podido confirmar con los habitantes de decenas de poblados por donde he tenido que pasar. Hay actualmente millares de clérigos peleando en las fuerzas rebeldes, y enormes cantidades de armas y de municiones en templos y en fincas de comunidades religiosas.

“La Iglesia, desgraciadamente, se dejó convertir en instrumento de la reacción contra los trabajadores. Está al servicio de las clases adineradas. Y el caso es más lamentable y más penoso si se recuerda que el mayor contingente del ejército antidemocrático, del ejército que asegura defender la civilización occidental, está formado por antiguos presidiarios enrolados en la legión extranjera, por muy pocos españoles —los más ignorantes y los más fanáticos— y por enemigos ancestrales de los católicos como son los mahometanos”.

Las observaciones del señor Kerran han sido ratificadas en el transcurso de la conflagración por altos funcionarios, legisladores, nobles y diversas comisiones parlamentarias o científicas de la Gran Bretaña. ¡Sería difícil acusar de apasionados o de rojos a los flemáticos ingleses!

LOS SARRACENOS NO QUIEREN DEJAR A MAHOMA POR NINGUN OTRO DIOS

Una columna de moros, que operaba en Extremadura, cae en manos de las fuerzas leales el 15 de agosto de 1936. Sus declaraciones aparecen al día siguiente en los más importantes diarios de Madrid. Informan que se les prometió esplendidez en el pago, buena comida y respeto a su religión. Se les dijo, además, que la campaña sería corta y triunfal, ofreciéndoseles tierras en Andalucía, en Murcia y en Valencia como recompensa a su concurso. Pero grande ha sido su desengaño al ver que las promesas no se

cumplían, y cuando se les contestaba que se pagasen ampliamente con el botín de las poblaciones que pudieran conquistar.

Respecto de religión dicen estos moros prisioneros que no están de acuerdo con lo que se hace, pues los obispos y los sacerdotes los bendicen y les cuelgan medallas y escapularios, lo que ha dado lugar a violentos incidentes, porque ellos no quieren dejar a Mahoma por ningún otro Dios. Terminan sus quejas los citados marroquíes afirmando que en las filas fascistas hay muchos extranjeros con mejor soldada, sobre todo técnicos alemanes e italianos de artillería, quienes los tratan como a seres inferiores.

Los periódicos de la capital publican en la misma fecha crónicas impresionantes de los estragos, depredaciones y actos de vandalismo cometidos por los sarracenos, al mando de militares "nacionalistas", en algunas poblaciones andaluzas. Es inexplicable, es monstruoso —en ello hacen hincapié los periodistas madrileños— que los generales, cuya misión era defender a España, hayan traído al territorio de la patria a estas hordas africanas, excitándolas al combate con el presunto saqueo de las hermosas ciudades españolas, de sus castillos, de sus palacios, de sus monasterios, de sus reliquias históricas; ¡y con la violación de sus mujeres!

Comentan el informe de que en las ropas de varios hijos de Alá, muertos en la lucha, se han encontrado joyas, patenas de oro, cálices, estolas, pedazos de casulla, una mitra y rosarios de concha nácar. Y llegan noticias, al mismo tiempo, de que la promesa sexual se cumple inexorablemente, con brutales atentados contra infelices muchachas campesinas. En ellas encuentra la sensualidad de los moros el paraíso que el Profeta les ofrece por sus buenas acciones, tan diferente del cielo de cantos y de querubines con el cual animan los prelados católicos a su rebaño.

* * *

La confusión de religiones y de recompensas ultraterrenales, de idearios y de dogmas metafísicos, de blancos y de rojos, se hace más intrincada cuando se sabe por medio de documentos fehacientes que el General Cabanellas y casi todos sus compañeros de armas son masones, a pesar de que claman contra la masonería. Estos militares, sin embargo, han practicado los ritos del Gran Ar-

quitecto. Pero ahora se inclinan, para quedar bien con el alto clero, al ceremonial católico, apostólico y romano. *Heraldo de Aragón*, periódico reaccionario, lo confirma con esta noche del 11 de agosto de 1936.

“Ayer, a las diez y media de la mañana, se presentó el señor General Cabanellas en el sagrado templo del Pilar. Lo acompañaban el canónigo don Rosendo Cortés y dos jefes del Estado Mayor. Llegó el piadoso General hasta el camarín de la Virgen, e hizo de rodillas breve oración en el presbiterio. Ascendió después devotamente a las gradas para besar el manto de nuestra Madre Santísima”.

¡A cuántos trabajadores, a cuántos hombres de izquierda mandaría fusilar esa tarde el catolicísimo masón! ¡Y a cuántos, en Sevilla, estaría ametrallando a la misma hora el otro piadoso General, Queipo de Llano, después de besar también el manto de la Macarena!

SE LE ATAN LAS MANOS AL GOBIERNO ESPAÑOL CON EL FAMOSO PACTO DE NEUTRALIDAD

Indudablemente que hay un maremagnum de doctrinas, de ambiciones, de razas y de creencias entre los sublevados. Si no se tratara de la conmoción más cruenta que sacude a España, podría decirse que este maremagnum llega a los límites de la comicidad. Aun el nombre de fascistas que a terratenientes, moros, obispos, presidiarios, aristócratas y militares cobija por parejo, resulta mal aplicado. Pero este no es el momento de discutir ideologías sino de parar mientes en la realidad. Y la realidad es que los facciosos siguen recibiendo el auxilio constante de sus aliados extranjeros, en tanto que el Gobierno sólo puede sostenerse de milagro, gracias a la resistencia sobrehumana y heroica del pueblo español.

¡Las potencias democráticas, temerosas de provocar una nueva guerra europea, han firmado un convenio de no intervención, de neutralidad, al que Italia y Alemania se han adherido jubilosamente! Francia lo propuso. Inglaterra lo aceptó sin dilación como fórmula salvadora para su vieja política de tortuosidad permanente. Y Rusia, demostrando así su deseo de cooperar en el mantenimiento de la paz, creyó al firmarlo que las potencias fascistas respetarían lo estipulado en el protocolo de referencia.

Lo que está ocurriendo, por desgracia para la buena o mala fe de las naciones, indica claramente que Hitler y Mussolini se han aprovechado de tan extraordinaria fórmula para restarle todo auxilio al régimen constitucional de España. Las democracias han creído que con esa fórmula —inaceptable en Derecho Internacional por estar de por medio un Gobierno legítimo, reconocido por todos los países, al cual se le niega apoyo—; han creído las democracias, afirmaba, que con esa fórmula dejará el fascismo de respaldar a los militares revoltosos. Atadas, pues, tiene las manos el régimen popular, el régimen parlamentario de la República Española. Y sólo a fuerza de dinero, dinero adelantado, consigue efectuar algunas compras al otro lado de los Pirineos.

* * *

La burla de Italia y de Alemania al pacto de neutralidad se evidencia a los pocos días de haber sido firmado. Una vez más capturan los leales varios aeroplanos de guerra que proceden de dichas potencias. Se publican fotografías de esos aparatos y el nombre de los pilotos nazis e italianos que los piloteaban. Y hablan entonces los periódicos, enérgicamente, sobre la necesidad de que el Gobierno proceda a defenderse con represalias económicas.

¡Que los países de quienes se tengan pruebas de ayudar a los insurrectos, pierdan el trato de favor y de hospitalidad que sus ciudadanos y sus capitales reciben en España; que se prohíban sus industrias y comercios en territorio nacional; que no haya trabajo para ellos!

El Gobierno republicano no se resuelve todavía a proceder de acuerdo con estas sugerencias. Da, por el contrario, excepcionales garantías a los alemanes, a los italianos y a los portugueses que quieran seguir viviendo en España, y protege también a los que tomen la resolución de abandonarla.

La benevolencia, el liberalismo del “feroz régimen de Azaña” llega a máximos extremos, si se piensa que ya muy entrada la segunda quincena de agosto, estando la República a merced de un espionaje fascista perfectamente organizado en la propia capital, ni siquiera se había dispuesto la censura en las oficinas postales. “¡La correspondencia es inviolable!” —proclaman estos buenos liberales de la España “roja”.

El literato don Manuel Azaña, el crítico que escribió la interpretación realista de Don Quijote, el hombre de letras que fué Presidente del Ateneo antes que político, quiere demostrar en todos sus actos que la República no necesita de la violencia ni del crimen para poner a salvo sus principios de democracia y de cultura.

* * *

El 12 de agosto de 1936 llega un telegrama de Barcelona. Se le da publicidad sin comentarios, sin grandes títulos, sin fotografías espeluznantes. Cuatro líneas que dicen: "A las seis y media de la mañana se ha cumplido la sentencia dictada por el Consejo de Guerra sumarísimo, que juzgó a los exgenerales Goded y Burriel".

Seis días después aparece en los diarios esta otra noticia: "La Sala Sexta del Tribunal Supremo, constituida en Consejo de Guerra para juzgar al exgeneral Fanjul y al excoronel Fernández Quintana, ha sentenciado de acuerdo con la petición fiscal. La condena inevitable ha sido cumplida esta mañana, a las cinco, en la Cárcel Modelo".

El fusilamiento de estos altos jefes militares, después de haber sido acusados y defendidos sin apartarse de la ley, indica que el Gobierno constitucional no procede como lo están haciendo los facciosos, quienes continúan ejecutando en masa, por simples sospechas de republicanismo, en aquellas regiones que han invadido.

Cuando se conozcan los detalles de los miles de inocentes sacrificados, de las crueldades inauditas cometidas, sabrá el mundo hasta dónde arrastran y bestializan la ambición, el fanatismo, la codicia material y el odio de la caverna insaciable, cuyo brazo ejecutivo, el militarismo, confiesa haberse organizado solamente para guerrear; es decir, para matar.

* * *

No obstante los hechos, no obstante el terror que siembran los militares, los sarracenos, los soldados de Mussolini, los técnicos de Hitler y los presidiarios de la legión extranjera, se siguen publicando en la prensa capitalista del exterior informaciones truculentas sobre la "crueldad" del Gobierno republicano, formado por "hordas de comunistas y de fieras humanas que se despa-

chan por igual con nacionales y con súbditos de otros países". A estas acusaciones contesta don José Giral, Presidente del Consejo de Ministros, dirigiéndose a los corresponsales de los más importantes periódicos europeos y americanos:

"Una de las cosas más torpes que los sublevados y sus cómplices de afuera vienen diciendo, es que se ha formado un Gobierno rojo en Madrid. En el Gobierno, como ustedes saben, no hay ministros socialistas ni comunistas, a pesar de que son las fuerzas obreras las que están salvando a España de la barbarie. Ni hemos formado un Gobierno rojo, ni se trata de establecer una dictadura de izquierda. Tratamos simplemente de salvar las conquistas democráticas del pueblo que da su sangre por ellas.

"Respecto de las garantías y de las consideraciones que tienen aquí los extranjeros, se incurriría en un grave pecado de ingratitude si no se reconociese que el Gobierno español, en los momentos más críticos de esta rebelión, y cuando se están sacrificando miles de vidas, no sólo protege, como es su deber, la seguridad personal y los bienes de todos los extranjeros, sino que ha demostrado de modo patente que ello constituye un motivo principal de preocupación para nosotros. Y no agrego nada más, porque creo que en esto no hay máximum de deber, sino un deber normal para todo gobierno de país civilizado".

ROMA Y BERLIN SE REFLEJAN EN LAS LEGACIONES HISPANOAMERICANAS

Pocos días antes el propio Jefe del Gabinete, señor Giral; y el Presidente de las Cortes, don Diego Martínez Barrio; y Gabriel Alomar, José Bergamín, don Angel Ossorio, Indalecio Prieto y otros muchos valores solventes de la autenticidad española, se habían dirigido por radio a los pueblos hispanoamericanos, explicándoles cómo y por qué se lanzaron contra su patria las fuerzas reaccionarias de la antihistoria.

¡A los pueblos de América iban dirigidas sus palabras, porque ya se esbozaba la actitud de los gobiernos al otro lado del Atlántico! En Madrid podíamos darnos cuenta del sentimiento antiespañol de los hombres que mandan, con excepción de México, en las demás repúblicas hispanoamericanas. Y nos dábamos cuenta de ello por lo que ocurría en las legaciones y consulados "de la raza".

En medio del movimiento unánime de apoyo al Gobierno por parte de las organizaciones de trabajadores y de la gran mayoría del pueblo español, en un solo haz inquebrantable; en medio del entusiasmo despertado por las adhesiones fervorosas de intelectuales y obreros de todas partes del mundo, algunas de esas legaciones comenzaban a sembrar el pánico entre los naturales de sus países residentes en el territorio leal. Querían los excelentísimos señores diplomáticos que sus conciudadanos saliesen cuanto antes de España, ofreciéndoles los fondos necesarios para su repatriación. ¡Después multiplicarían ese dinero, en progresión geométrica, asilando aristócratas y cavernícolas a tanto por cabeza!

Como es lógico imaginarlo, por su espíritu desmoralizador y antidemocrático tenían que distinguirse los representantes de las satrapías y de los regímenes despóticos de América. Dos de ellos, sus mujeres y cuatro señoritos secretarios, de distintas embajadas, desesperábanse por salir para Francia en los primeros momentos de la conspiración. El Gobierno republicano les garantizó ampliamente para que no encontraran dificultades en su fuga, rodeándoles de toda clase de consideraciones.

¡Vale que el proceder de estos diplomáticos tuvo la ventaja, por lo menos, de producir una reacción de hondo desagrado y de protesta entre los estudiantes de las veinte repúblicas, entre la casi totalidad de la colonia hispanoamericana, adicta resueltamente a la causa popular!

Por otra parte, y esto además me parece justo proclamarlo, el mejor salvoconducto en España es un pasaporte de cualquiera de nuestros países. No había motivo, entonces, para que las legaciones procedieran como lo estaban haciendo. Menos aún para que tres cancillerías de las más pequeñas repúblicas, las del centro de América, dieran instrucciones de solicitar la mediación del Ministro norteamericano. ¿Por qué? ¿Para qué? Indigno fué eso de hispanoamericanos conscientes. Y una ofensa gratuita para la nación española.

* * *

Los discursos radiados a Hispano América, para contrarrestar en parte la desorientación producida por la campaña del fascismo internacional, podrían resumirse en estas frases del Presidente del

Consejo de Ministros, quien las leyó con profunda emoción desde el micrófono del Ministerio de Estado:

“El Gobierno español, en uso de las atribuciones de su legítimo poder, quiere dirigirse a vosotros, a todos vosotros, hermanos de raza que habláis la misma lengua y que sentís como propia a esta querida España, por cuya prosperidad material y espiritual luchamos todos ardorosamente en los frentes de batalla.

“Cuando afanosamente trabajábamos en hacer una obra progresiva, democrática, constitucional, que diese satisfacción plena a las ansias populares, de siglos sentida y de siglos desdeñada; cuando sacudíamos la modorra de las gentes aferradas a los fanatismos y prejuicios ancestrales; cuando pretendíamos implantar reformas justas y equitativas en el orden político y en el orden social; cuando sembrábamos el país de escuelas y pretendíamos sacar a las masas campesinas del atraso en que están sumidas, nos encontramos con este criminal movimiento faccioso, fomentado, sostenido y dirigido por todo lo que en España supone de más retrógrado, de más reaccionario, de más tirano y de más intransigente.

“Españoles que se dicen católicos levantaron en armas cabillas y fuerzas moras contra nosotros. Los tachados por ellos mismos de buenos patriotas empujan violentamente contra su patria al tercio extranjero de Marruecos. Los que se dicen defensores de la paz y del orden, traen la guerra y el desorden.

“Se creyeron los amos de España y se encontraron con la resistencia admirable de este noble pueblo, tan rico en valores morales. Todo el conglomerado absurdo de antiguos carlistas, monárquicos alfonsinos, falangistas y republicanos traidores de derecha, se desmorona ante el empuje popular. Y el Gobierno entretanto, con conciencia cabal de su deber, se ha mantenido y se mantiene en su puesto, apoyado eficazmente por todas las fuerzas socialistas, comunistas y obreras que integran el Frente Popular. ¡Ese frente que triunfó en las urnas electorales en febrero pasado y que triunfa ahora en los campos de batalla!

“A la sazón pronosticaron nuestros enemigos que implantaríamos el comunismo. También dicen ahora que vivimos en régimen comunista, a pesar de que la administración está constituida exclusivamente por republicanos. Es necesario por consiguiente, españoles de América, desmentir la maliciosa imputación. El Gobierno

es y sigue siendo desde las últimas elecciones un gobierno netamente republicano, que cumple el programa del Frente Popular con toda lealtad y diligencia”.

MANIFIESTO DEL PARTIDO COMUNISTA

¿Pero qué predica, en resumen, para infundir tanto pavor; qué desea, por qué se bate el comunismo? El 15 de julio de 1936, tres días antes de iniciarse la invasión de España, había declarado el líder comunista de la República Francesa, Mauricio Thorez: “Todo lo que queremos es un poco más de bienestar para la clase trabajadora dentro del régimen actual. Somos enemigos de la gran propiedad capitalista, pero no de los pequeños propietarios, quienes deben protegerse con mayores facilidades de crédito para aliviar su situación.

“Estamos de acuerdo con los socialistas en que hay que hacer algo en favor de estas pequeñas empresas y en favor también de la clase media. Debo repetirlo: un poco más de bienestar para los trabajadores, dándole a la democracia sentido económico. Eso es todo lo que pedimos”.

A su vez el Partido Comunista Español, con fecha 18 de agosto, lanza un manifiesto en el que enjuicia con merecida severidad la sublevación de los militares y ensalza el heroico comportamiento del pueblo. He aquí lo que declaran los comunistas españoles, los “rojos terribles”, tan cruelmente denigrados y con tanta injusticia vilipendiados por los amos en el mundo del poder y de la fuerza:

“Queremos evitar a nuestro país el peligro de nuevas militaradas. Queremos vivir en paz con todos los pueblos de la tierra. Defendemos las más puras esencias de la democracia. Luchamos porque los obreros tengan un salario remunerador, y porque no vuelvan a ser azotados por el espectro del paro, de la miseria y del hambre.

“Luchamos por una legislación justa y por la igualdad de derechos políticos y sociales del hombre y de la mujer. Luchamos porque los campesinos tengan tierra suficiente para poder vivir. El bienestar para todos es lo que quisiéramos. Y nosotros sabemos que esto es posible dentro de nuestra República democrática.

“Por eso la defendemos, como defendemos la libertad a que tienen derecho Cataluña, Euzkadi, Galicia y Marruecos. Respetamos las ideas religiosas, tanto como deseamos que sean respetadas las nuestras. Pero combatimos a los mercaderes de la religión, a todos aquellos que de los conventos y de las iglesias han hecho centros de guerra y de espionaje, transformándolos en fortalezas dirigidas contra el pueblo”.

* * *

¿A esto se le llama comunismo? ¿A esta expresión de la voluntad nacional que se opone a la violencia de quienes han pretendido sojuzgarla? No. La indignación de los partidos de izquierda y de las grandes mayorías españolas contra la deslealtad de los facciosos no puede ser más justificada, porque los generales insurrectos son precisamente aquellos que más honores recibieron de la República, creyendo el Gobierno que harían buena su promesa de fidelidad.

“El mismo Sanjurjo a quien se le indultó de la pena de muerte, y a quien después se le amnistió para que pudiera disfrutar de todos sus haberes y de todas sus jubilaciones —dice *El Liberal*— fué otro de los sublevados. ¿Sublevado contra qué? ¿Sublevado contra la piedad y contra la generosidad de las izquierdas?


“Las concesiones que se hicieron a la reacción, las transacciones que se le brindaron, las contemplaciones de que fueron objeto los privilegiados, no tuvieron la virtud de someterlos al régimen legalmente establecido. Nuestra República no puede seguir siendo, como en el siglo XIX, un sistema político de cuarte-lazos.

“Lo que se combate es la traición. Lo que repugna es la deslealtad. Lo que se quiere aniquilar es la tiranía de lo que actualmente se llama fascismo, nombre moderno que han adoptado todas las fuerzas tenebrosas de la época feudal”.

En igual forma comentan los demás periódicos el Manifiesto del Partido Comunista, cuya lealtad no puede discutirse porque los “rojos” en las trincheras respaldan sus palabras con la vida;

y porque no es posible hablar de "tácticas" ni de simulaciones cuando se está en los umbrales de la muerte.

La situación es clara. Únicamente la testarudez, la pasión o la mala fe pueden proclamar que en España se ha instaurado el comunismo, que la República se está comunizando. Lo que puede decirse, lo que debe afirmarse es que el comunismo se republicaniza y comprende que cumple con su deber, que cumple con sus postulados de mejoramiento colectivo, apoyando decididamente a la democracia contra la dictadura de las minorías privilegiadas.



CAPITULO SEXTO

Los santos padres de la iglesia, hermanos gemelos de Carlos Marx, de Federico Engels y de Nicolás Lenin

MAL PODIAN SER JACOBOSINOS LOS CATOLICOS DE ESPAÑA

DECIR los católicos de España es lo mismo que mencionar al pueblo español; a esas “turbas desenfrenadas”—según los cavernarios—cuya educación, cuya formación arraigadamente católica, corrió durante siglos a cargo de las autoridades eclesiásticas. Los que pudieran llamarse ateos—y no del todo—constituyen en España una minoría como no la hay en ningún otro país civilizado. En realidad podría afirmarse, sin temor de incurrir en equivocaciones, que el 18 de julio de 1936 era mayor el número de religiosos que el número de ateos y que el número de comunistas.

En páginas anteriores, tomando como base el escrutinio electoral, es fácil advertir que los guarismos “rojos” no eran muy elevados, cuando sólo 14 actas pudo obtener el comunismo, incluyendo entre los votantes a muchos sin carnet.

En cambio, y eso ya quedó también constatado en el capítulo segundo, había en el territorio de la península 134,580 eclesiásticos, divididos en dos grupos: 102,962 monjes y monjas, y 31,618 sacerdotes ordenados; vale decir, un eclesiástico, con o sin tonsura, por cada 178 españoles.

Se puede asegurar, rotundamente, que no había en contraposición un comunista definido por cada 178 habitantes de uno y otro sexo, así se tomen en cuenta niños, ancianos e incapacitados para votar o desempeñar funciones públicas. De lo cual resulta que no eran comunistas sino otra cosa lo que había en España: un clero numeroso, de gran poder político, social y económico, en connivencia con las otras castas que gozaban de todos los privilegios.

Unicamente así, estudiando a fondo el problema del llamado jacobinismo español; procurando encontrar las causas de lo que al-

guien ha titulado con razón “manía incendiaria”; yendo a la base histórica del conflicto anticlerical, se puede llegar a conclusiones menos superficiales que las que alcanzan a descubrir los enemigos de Marx y los propagandistas asalariados de Hitler y de Mussolini.

* * *

El dato sobre número de religiosos a mí mismo me ha parecido exagerado. Abro para respaldarme la *Historia de España* escrita por el doctor don Rafael Ballester, Correspondiente de la Real Academia de la Historia y Catedrático del Instituto de Valladolid, y en la tercera edición corregida, página 349, encuentro la nota siguiente:

“En 1623 el número de religiosos en España era de 200,000. Las Cortes de ese año dicen que existían entonces 9,088 conventos. Las rentas de los bienes raíces del clero ascendían a la mitad de las rentas de todo el reino. Solamente el Arzobispo y el Cabildo de Toledo reunían de 350 a 400 mil ducados anuales”.

¡Hay que imaginar a cuánto llegaría la renta total de los siete arzobispos y de los treinta y nueve obispados que entonces limpiaban de culpas a los creyentes de la península!

Más adelante, en la página 410 de la obra citada, escribe el mismo historiador: “La Iglesia era riquísima y sus bienes raíces inalienables. A partir de 1737 estos bienes eclesiásticos fueron sometidos a impuestos reales; perdieron los religiosos el derecho de suceder ab intestato; y las nuevas fundaciones o monasterios quedaron sometidos a la aprobación de la Cámara de Castilla. En 1765 Campomanes favoreció la alienación de los bienes de hospitales, hospicios, cofradías, etc., medida generalizada por Jovellanos en 1795 y más tarde por Carlos IV y por Godoy.

“Aparte de los bienes territoriales sacaba la Iglesia cuantiosas rentas de los diezmos, primicias, limosnas, misas, matrimonios, bautizos, entierros y demás ceremoniales del causal, que una estadística de la época evalúa en muchos millones. No obstante, las riquezas eclesiásticas estaban mal repartidas: curas menesterosos y obispos millonarios”.

Estoy trayendo a colación estos hechos históricos para que pueda apreciarse la realidad española. De ellos resulta que mo-

narcas católicos, mucho tiempo antes de que nacieran Marx y Engels, luchaban contra el poder político y económico de la Iglesia.

Esta lucha fué todavía más intensa contra la Compañía de Jesús, fundada en 1540 por el guipuzcoano San Ignacio de Loyola. Es interesante hacer notar que los jesuitas se inmiscuían en todo problema público y privado, a tal extremo que su impopularidad era manifiesta aun entre el clero secular y las órdenes religiosas de menor supremacía.

MAS RADICAL EL PAPA CLEMENTE XIV QUE LA REPUBLICA ESPAÑOLA

Era tan grande el poder de los jesuitas, aumentaban de tal manera sus riquezas e intervenían tan abiertamente en las luchas políticas, que bajo el reinado de Carlos III se les acusó —y la verdad pudo comprobarse— de haber tenido participación en los motines de Esquilache. Considerando por consiguiente la Corona que la Compañía de Jesús era un peligro para la sociedad y para el Estado, dispuso que a todos sus miembros se les expulsase de España y de los territorios coloniales.

Cumplióse la orden —ya esto se hizo constar en capítulo precedente— el primero de marzo de 1767. Sacados de España y de América se les trasladó a los Estados del Papa, quien supo de la expulsión después de ejecutada. Menos que eso ha hecho la actual República. Y menos también que el Papa Clemente XIV, según se desprende de lo que asegura Ballester:

“El Pontífice se negó a recibirles, siendo trasladados a Córcega y autorizados después para establecerse en territorios de Bolognia y de Ferrara, donde se les unieron los expulsados de América, entre todos unos diez mil. La expulsión fué acogida con escasas protestas y con aplauso del clero secular y órdenes religiosas. Expulsados de otros países (Francia, Portugal, Nápoles), los enemigos de la Compañía no se tranquilizaron mientras no obtuvieron del Papa Clemente XIV su abolición”.

Abolida la Compañía de Jesús por el Vaticano en 1773, sabe el mundo que posteriormente volvieron los jesuitas a establecerse y a fortalecer su dominio, allí donde lograban bienquistarse con gobiernos y con altas clases sociales.

España tornó a ser su refugio, como lo ha sido hasta 1936.

Y no sólo de ellos sino también de todas las demás órdenes religiosas, no importa que Felipe V se hubiese enfrentado a unos y a otras; y que Carlos III hubiese procedido en la forma ya indicada, creando además la administración de temporalidades y la desamortización de los bienes eclesiásticos en general; y no importa, en fin, que Carlos IV hiciese que el Estado se apropiara de los fondos episcopales y de capellanías.

* *
* *

Ahora sí es fácil comprender lo que ocurre en España. La destrucción antieconómica de iglesias y de conventos no ha obedecido a jacobinismo ni a cuestión metafísica de ninguna clase. No se trata de un ataque del pueblo contra la fe católica, contra la exaltación mística que podría materializarse en Santa Teresa de Jesús. Se trata de una defensa del pueblo explotado, del pueblo escarnecido, del pueblo traicionado contra sus enemigos seculares.

No. No es contra la poetisa de Avila, ni contra Fray Luis de León o el de Granada, ni contra San Vicente Ferrer, ni contra el propio San Ignacio; no es contra la religión que están luchando los españoles. Es contra el poderío siniestro de los Torquemadas su batallar incesante, épico y sangriento en esta guerra. ¡Contra los Torquemadas que constituyen el extremo opuesto del misticismo, para convertirlo en acción dominadora, cruel, anticristiana, omnipotente!

El pueblo ha tenido siempre gran clarividencia en lo que respecta a la forma de luchar contra la opresión. Por eso ha tratado de quebrantar, hasta donde le ha sido posible, no la mística, no lo que se lleva dentro, no lo subjetivo, sino el poderío económico de la casta clerical.

Y esto lo hizo mucho antes de la revolución francesa; y antes de que Carlos Marx escribiera sobre socialismo científico; y antes de que Lenin iniciara el gran movimiento revolucionario que acabó en Rusia con los czares, con los grandes duques, con los enormes latifundios, con la tremenda explotación a que estaban sometidos los campesinos y demás trabajadores del antiguo imperio moscovita.

Antes de todo eso, pues —vuelvo a repetirlo—, ha habido en

España incendios, incautaciones tumultuosas y levantamientos populares contra altos dignatarios católicos, quienes olvidando la esencia del cristianismo primitivo en todos sus aspectos, aun en el aspecto antiguerrero, sólo pensaban en la acumulación de bienes terrenales.

He dicho que olvidaron estos prelados la esencia del cristianismo en su aspecto antiguerrero, porque lejos de condenar las acciones de fuerza han estado con ellas en tratándose de poner a salvo sus riquezas, como están ahora de lleno con los generales facciosos, olvidados por completo de las prédicas de Jesucristo.

* * *

Jesucristo sí condenó la violencia y condenó la avaricia. Y con él estuvieron contra la matanza los primeros padres de la Iglesia: Justino el Mártir, Casiano, Tertuliano, Hipólito, Arnobio, Eusebio, Lactancio —entre tantos varones justos que habrían de servir de ejemplo a los obispos de la España invadida—, consideraban la guerra como la iniquidad organizada.

“Cuando Dios prohíbe matar —dice Lactancio en sus *Instituciones Divinas*— no sólo nos prohíbe cometer actos de bandidaje, cosa que ni las leyes humanas permiten, sino que nos advierten con su luz vivísima que tampoco debemos hacer siquiera aquellas cosas que a veces se consideran legales entre los hombres. Y así, no está permitido a un hombre justo tomar las armas por causa indigna, ni acusar a nadie de crímenes castigados con pena capital, porque no hay diferencia entre matar con la espada y matar con la palabra: matar es lo que está prohibido”.

Tertuliano, Hipólito y otras columnas de la Iglesia, hasta el siglo IV de la era cristiana, sostienen que “un soldado de mala causa debe quedar excluido de los sacramentos hasta que haya hecho penitencia por la sangre derramada”.

Esto, desgraciadamente, no lo entienden los obispos españoles que bendicen a los marroquíes, que absuelven a los presidiarios de la legión extranjera y que aplauden a Hitler, a Mussolini y al Mikado, sostenedores a sangre y fuego de regímenes dictatoriales.

LAS TEORIAS DEL VATICANO Y DE LOS PADRES DE LA IGLESIA
COINCIDEN CON EL MARXISMO

Si la actitud del alto clero español está en desacuerdo con los primeros padres de la Iglesia, lo está también —por su alianza con Hitler, Mussolini y el Mikado— en pugna con la tesis democrática, que fué precisamente la que sostuvo el catolicismo en sus comienzos.

Iglesia, en efecto, significa asamblea. Los creyentes elegían a sus sacerdotes y las asambleas de sacerdotes a sus obispos. Así lo católicos defendieron entonces la democracia, o sea el gobierno por la fuerza del pueblo, y combatieron la autocracia, o sea el gobierno de los que mandan por su propia fuerza.

Posteriormente vino el papado a desvirtuar la democracia apostólica, entronizando la autocracia rígida del Vaticano, operándose una involución, que es todo lo contrario de evolución, según el léxico de Pi y Margall: “Lo autoritario es involución hacia la autocracia y lo libertario es evolución hacia la democracia”.

El mismo fenómeno se observa en las relaciones sociales desde la familia hasta el Estado. Se evoluciona a veces de la autocracia a la democracia, o se degenera en sentido inverso. La degeneración apuntada toma ahora el nombre de fascismo, de Estado Totalitario. Estas dos últimas palabras lo dicen todo: el Estado es el amo supremo, es el dueño de la nación, anula al hombre, al conglomerado de seres racionales y conscientes que son en la democracia “la suprema realidad”.

Con el fascismo, con lo que degenera, con la antidemocracia van del brazo Pío XI y las mitras españolas.

* * *

¡Ah!, pero en teoría marxismo y Vaticano se complementan en tal forma que las encíclicas papales podrían agregarse al manifiesto comunista de Marx y Engels, sin que los lectores advirtiesen contradicción ideológica ninguna entre lo dicho por éstos y lo externado por los representantes de Dios en la tierra. En *Rerum Novarum*, por ejemplo, afirma con toda su autoridad León XIII:

“Más conforme a equidad debería ser la distribución de los bienes, porque los pueblos están divididos en dos clases de ciudadanos, poniendo entre ellos una distancia inmensa: una clase poderosísima que como tiene en su mano, ella sola, todas las empresas